

DOSSIER >> MEDIACIÓN Y CRISIS POLÍTICA

Diplomacia en tiempos de crisis

“Los episodios aquí reseñados demuestran que la diplomacia no es un coto cerrado a los diplomáticos profesionales, sino que específicamente en tiempos de crisis aparecen otros actores que pueden llevar a cabo esas gestiones, ya sea en forma pública o discretamente”

ADOLFO P. SALGUEIRO

La diplomacia es la profesión y/o arte que facilita a las naciones organizar civilizadamente sus relaciones y –cuando es necesario– dirimir de la mejor forma posible sus desacuerdos. En la visión tradicional tal actividad se limitaba a los Estados, concebidos hasta mediados del siglo XX como únicos actores de las relaciones internacionales.

Hoy día con la evolución del derecho internacional se han incorporado a ese elenco múltiples actores no estatales y, sorprendentemente, algunos del ámbito privado, gobiernos en el exilio, ONGs y hasta funcionarios exiliados a quienes se les adjudica alguna clase de representatividad pública internacional (Gobierno español de la República en el exilio por varias décadas, Asamblea Nacional 2015, Juan Guaidó Márquez) etc. a quienes en distintos momentos de sus respectivas gestiones se les reconoció como representantes permitiéndoles actuar en ámbito del derecho público, aunque fuese en forma limitada.

Tenemos ejemplos recientes de esta evolución como fue la crisis política de 2019 y el posterior reconocimiento internacional de la Asamblea Nacional 2015 –aún después de su vencimiento constitucional en 2020. Así ocurrió con la aceptación y reconocimiento de su entonces presidente Guaidó como legítimo representante de Venezuela ante los países que así lo reconocieron (más de 50), la recepción de embajadores, el reconocimiento expreso o tácito que en alguna ocasión llegó a la cumbre de su representatividad (febrero de 2020) en el recinto del Capitolio de los Estados Unidos , cuando el presidente Trump presentó a Guaidó como “presidente de Venezuela”, siendo entonces saludado de pie y entre aplausos por los legisladores de ambas Cámaras.

Un tiempo después, luego de varias prórrogas autoconcedidas por la Asamblea Nacional 2015, después de su expiración constitucional (enero del 2020), la misma decretó el cese de Guaidó como presidente y se designó para sustituirlo a la diputada Dinorah Figuera, cuya representatividad sufrió decidida mengua, pero que, a todo evento, recibió el reconocimiento, entre otros, de los Estados Unidos como “la única y última representación democrática de Venezuela”.

Lamentablemente, quienes asumie-



ADOLFO SALGUEIRO / COLEGIO DE INTERNACIONALISTAS DE VENEZUELA

ron el protagonismo en el nuevo esquema resolvieron cesar el cuerpo diplomático que se había establecido, con lo cual la diplomacia, aunque limitada, que venía llevando a cabo el presidente Guaidó, quedó desmantelada.

En los tiempos más recientes está tomando cuerpo el reconocimiento internacional de Edmundo Gonzales Urrutia como presidente –electo faltando ver el desenlace de esta especialísima situación después del venidero 10 de enero de 2025 cuando, constitucionalmente, le correspondería a dicho ciudadano, legítimo ganador de las elecciones del 28J, asumir el cargo para el cual fue elegido.

También se ha llevado a cabo diplomacia con movimientos guerrilleros que llegaron a tener relevante influencia política y territorial en sus respectivos países. Las FARC en Colombia, Frente Farabundo Martí en El Salvador, Sandinismo en Nicaragua y hasta con el Frente Polisario, que lleva varias décadas constituido como gobierno efectivo –aunque limitado– en un amplio y disputado sector del Sahara Occidental con el nombre de República Árabe Saharaui Democrática con la cual Venezuela estableció relaciones diplomáticas en 1988 que aún mantiene. Quién esto escribe tuvo oportunidad de representar, sin designación oficial pero con encargo presidencial, a nuestro gobierno en dos oportunidades, siendo acreditado presencialmente, con sendas cartas, ante el gobierno de tal Estado establecido entonces provisionalmente en territorio de la República de Argelia.

En cuanto a los movimientos guerrilleros en nuestro continente no fueron pocas las ocasiones en que las recurrentes crisis de la zona resultarían en que la representación de Venezuela, a veces con y otras veces sin conocimiento del Estado anfitrión, consiguió convenir acuerdos que fijaban derechos y obligaciones tanto para los actores irregulares como para el Esta-

do en cuestión. Lo anterior es un ejemplo puntual de diplomacia en tiempos de crisis.

Ahora tomaremos uno de los ejemplos más contundentes de diplomacia en tiempo de crisis en toda la historia reciente. Es el episodio de fecha 15 de septiembre de 1938, cuando el primer ministro de Gran Bretaña, Neville Chamberlain, visitó a Hitler en su casa de descanso en Berchtesgaden, Baviera, con el objeto de realizar una gestión diplomática al más alto nivel en la que Gran Bretaña, que no era parte del diferendo, intercedió ante la Alemania nazi para solicitar a Hitler desistir de su plan de invadir Checoslovaquia para “rescatar” y anexar la región de los Sudetes, donde una importante minoría germanoparlante se decía discriminada por el gobierno checo.

Aparentemente, Hitler dijo a Chamberlain que desistiría de esa iniciativa. Esa misma noche, al regresar a Londres, Chamberlain declaró “hemos logrado la paz para nuestro tiempo”. Estaba equivocado, puesto que poco tiempo después Alemania invadió a Polonia (1 de septiembre de 1939), siendo ese el inicio de la II Guerra Mundial, seguido poco después por la entrada nazi en Checoslovaquia para anexar a los Sudetes.

Los episodios aquí reseñados demuestran que la diplomacia no es un coto cerrado a los diplomáticos profesionales, sino que específicamente en tiempos de crisis aparecen otros actores que pueden llevar a cabo esas gestiones, ya sea en forma pública o discretamente. En este tipo de escenario hemos visto al Papa Paulo VI interviniendo directamente en 1982 en la búsqueda del cese de hostilidades en la guerra de Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña. Para ello encargó a un enviado suyo, el cardenal Samoré, para constituirse en el terreno y llevar a cabo la gestión diplomática del caso.

Existe también la diplomacia partidista que llevan a cabo los partidos

políticos importantes, ya sea en forma bilateral o reunidos en organizaciones de corte ideológico denominadas “Internacionales” (Internacional Socialista, Internacional Demócrata Cristiana, Internacional de Centro, etcétera) quienes suelen ejercer influencia y/o presión para el logro de resultados políticos que, siendo de interés primordialmente partidista, pueden coincidir o no con el interés de Estado que conciba el gobierno de turno.

La explosión tecnológica en materia de transportes y de comunicaciones ha resultado en la decidida facilidad para llevar a cabo diplomacia bilateral o multilateral entre jefes de Estado o de gobierno o ministros y dignatarios que pueden en la actualidad desplazarse con facilidad y rapidez de un lugar a otro para realizar gestiones que en tiempos anteriores estaban reservadas a la presencialidad o a los diplomáticos profesionales.

Hoy día, especialmente después de la pandemia del Covid, la popularización de plataformas tecnológicas como Zoom, Whatsapp, Go-Meet y otras de amplio uso, innumerables gestiones diplomáticas ya ni siquiera requieren desplazamiento de los protagonistas fuera de sus oficinas, lo cual ha facilitado decididamente tanto la diplomacia normal como la de crisis.

Asimismo, en la actualidad se ha generalizado, especialmente en tiempos de crisis, la actuación de actores interestatales, como es el caso de las organizaciones multilaterales mundiales (ONU) o regionales (OEA), cuyo objetivo fundamental es mantener la paz, y también otras organizaciones especializadas que tienen personalidad jurídica diferente a la de sus estados/parte (MERCOSUR, Acuerdo de Cartagena, Unión Europea, etcétera).

Hoy no podemos olvidar estas breves notas sin aludir a nuevos actores de la diplomacia como lo son en los últimos tiempos las grandes corporaciones de derecho privado que, aun cuan-

do no sean sujetos de derecho público, tienen una relevancia global tan resaltante que les permite a veces jugar un rol en las relaciones internacionales como pudiera ser el caso, entre otros, de los gigantes tecnológicos (Google, Apple, Microsoft, Amazon, etc.) cuyo poder les permite tener exigencias y contraer obligaciones que ciertamente exceden el ámbito del derecho privado en su versión más convencional.

De allí pues proponemos que la diplomacia, especialmente en tiempos de crisis, no sea ámbito exclusivo de quienes hayan abrazado la respectiva disciplina profesional. Por eso no deja de ser relevante traer a colación la famosa frase de que “la diplomacia es demasiado importante como para dejarla solamente en manos de los diplomáticos”. En tiempos de crisis ello resulta más vigente aún.

Sin embargo, aun con la ampliación de horizontes para la diplomacia que hemos reseñado, es importante señalar que las actividades tradicionales de las relaciones internacionales como comercio, inmigración, intercambios culturales, gestión de acuerdos y tratados, que en principio preferiblemente deben estar reservados a quienes han cursado estudios superiores en esos ámbitos y están generalmente integrados a las estructuras gubernamentales de cada país, tales como ministerios de Relaciones Exteriores y otros organismos que pueden requerir la interacción con profesionales en la materia.

La tradicional y mala costumbre de ubicar en cargos diplomáticos a los amigos, parientes o correligionarios, ya ha dado suficientes muestras de ser deficiente, no solo en Venezuela sino en muchos otros países que caen en esas tentaciones. No es de sorprender, pues, que las diplomacias más prestigiosas sean las que promueven el profesionalismo y la defensa de los intereses del Estado por encima de los del gobierno de turno (Brasil, Cuba, Perú, Francia, Reino Unido, etcétera). ☉

DOSSIER >> MEDIACIÓN Y CRISIS POLÍTICA

La negociación como instrumento de paz y consolidación de la democracia

La negociación, el diálogo, es uno de los más eficaces instrumentos para solucionar conflictos, especialmente en ocasiones en que se producen polarizaciones que llevan a posiciones aparentemente irreconciliables. En este artículo me referiré a algunos casos que fueron resueltos, o por lo menos encaminados a una solución, mediante el diálogo. Y, finalmente, compartiré unas breves reflexiones, a modo de conclusiones

HUGO DE ZELA

Consolidación de la democracia en la región

Hubo una prolongada negociación colectiva en la región para afirmar la democracia como sistema de gobierno. Fue un proceso complejo, con múltiples actores, desarrollado a lo largo de varias décadas, que tuvo avances y retrocesos, pero que permitió llegar a resultados positivos.

Este camino tuvo un hito con la introducción del concepto “democracia” en la Carta de la OEA, en 1948, entendida como sistema opuesto al comunismo. Ello justificó diversos episodios de intervencionismo de Estados Unidos, y la condonación por la OEA de múltiples golpes de Estado, en nombre de la democracia. Sin embargo, al mismo tiempo, surgieron en la región dictaduras militares de orientación socialista.

A comienzos de los años 70, algunos gobiernos militares en la región empezaron a debilitarse, mientras que otros permanecieron por varios años más. En ese marco, fueron surgiendo los primeros movimientos de recuperación de la democracia, en algunos países de América del Sur. Ayudó a ello una corriente de afirmación de la defensa de los derechos humanos, apoyada con la intensificación de la acción de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, despertando mayor conciencia sobre el respeto a los mismos.

Hacia fines de los 80, las dictaduras en la región finalizan y se agudiza el conflicto en América Central. Ello impulsó a los países de la región, como una respuesta al intervencionismo norteamericano, a la acción internacional para la defensa de la democracia. Se crea entonces el Grupo de Contadora, donde Venezuela tuvo una importante participación, y luego el Grupo de Apoyo a Contadora, cuando los esfuerzos de Contadora se habían debilitado.

Este proceso de afirmación de la acción colectiva en favor de la democracia tiene un apoyo importante en el Protocolo de Cartagena de Indias de 1985 que incorpora en la Carta de la OEA, como uno de sus propósitos esenciales, la promoción y consolidación de la democracia representativa dentro del respeto al principio de no intervención. Ello se reafirma con la Resolución 991, que otorga al secretario general el mandato para el desarrollo de misiones de observación electoral y con el establecimiento en la Organización de la “Unidad para la Promoción de la Democracia”, para desarrollar políticas de mediano y largo plazo en la promoción y consolidación de las instituciones democráticas.

En 1991, los cancilleres aprobaron la Resolución 1080, “Democracia representativa” en la que, por primera vez, se incorporan mecanismos de sanción para los casos de interrupción abrupta o irregular del proceso democrático. Un año después, en 1992, se modifica nuevamente la Carta de la OEA, mediante el Protocolo de Washington, que determina las

acciones colectivas que se aplicarán en caso de gobiernos derrocados por la fuerza.

Años después, en 2001, se aprobó la Carta Democrática Interamericana, una suerte de Constitución democrática de la región, que describe cuál es el sistema que los países se comprometen a promover y defender colectivamente, frente a las amenazas autoritarias.

En la etapa inmediatamente anterior a la Carta Democrática, se habían producido varias situaciones de crisis que ameritaron la acción colectiva: Haití en 1991, Perú en 1992, Guatemala en 1993 y Paraguay en 1996. De ellas se aprendió que las amenazas a las democracias no eran solamente los golpes militares, sino también regímenes que surgen de elecciones populares y que luego devienen autocráticos.

Fue entonces, a través de múltiples procesos negociadores, que nuestra región reafirmó una forma de gobierno con la cual sus habitantes nos sentimos identificados. La Carta Democrática Interamericana plasmó estos conceptos, en un texto aprobado por todos los países, a través de un arduo proceso de negociación y concertación, que requirió un importante esfuerzo colectivo y que probó que, cuando existe buena voluntad y un objetivo claro, es posible lograr resultados positivos.

Proceso de paz Perú-Ecuador

Un segundo ejemplo es de carácter bilateral y me refiero a las negociaciones de paz entre Perú y Ecuador, entre 1995 y 1998.

Fue un proceso particularmente complejo y que requirió el uso de casi todas las modalidades de solución de controversias, la negociación directa, mediación, conciliación, buenos oficios e inclusive una suerte de arbitraje.

El tratado de límites entre Perú y Ecuador es el Protocolo de Río de Janeiro, firmado en 1942. Ese instrumento jurídico designó a cuatro países como garantes de su cumplimiento: Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos.

En enero de 1995, se inició un conflicto por la incursión de tropas ecuatorianas en el Perú. Los garantes, apenas iniciado el conflicto, intervinieron para detener las acciones armadas. Se iniciaron tratativas directas entre las partes, con la asistencia de los garantes, que culminaron con la Declaración de Paz de Itamaraty, de febrero de 1995, que detuvo las acciones bélicas.

Una segunda etapa empezó en julio de 1995, con conversaciones preliminares entre los cancilleres de Ecuador y del Perú para acordar el marco en que se iba a producir la negociación, así como sus modalidades. Esta etapa se desarrolló durante el resto de 1995 y se prolongó casi todo el año 1996. Tuvieron lugar varias reuniones, siempre con el apoyo de los países garantes y se fueron afinando las “reglas de juego” de la posterior negociación entre las partes.

Esta negociación se desarrolló fundamentalmente en Brasil –país coor-



HUGO DE ZELA / MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DEL PERÚ

dinador de los garantes– en 1997. Se inició con el intercambio de posiciones sobre el tema central, la frontera entre los dos países.

Vale la pena explicar, en breves términos, en qué consistía el conflicto: Ecuador sostenía que el tratado de límites era inejecutable porque se refería a accidentes geográficos inexistentes. Por su parte, Perú sostenía que el Protocolo de Río había delimitado la frontera y que lo único que debía hacerse era demarcarla.

En esta etapa, ambos países argumentaron extensamente sus respectivas posiciones. Se comprobó que no era posible avanzar más porque las posiciones eran irreconciliables. Las negociaciones se paralizaron y el fantasma de la guerra reapareció.

Se reanudó el proceso por iniciativa de los garantes, al introducir elementos positivos en la negociación. Se empezó a discutir, además del tema de la frontera, un tratado de comercio y navegación, para que Ecuador tuviera acceso al río Amazonas, un tratado de integración fronteriza y uno sobre medidas de fomento de la confianza.

Se iniciaron negociaciones paralelas, donde se fue avanzando, en primer lugar, en los temas de integración y fomento de la confianza. A mediados de 1998 se produjo una nueva paralización de las negociaciones cuando se comprobó que, en el tema de la frontera, no había acuerdo posible. Se recurrió entonces, nuevamente, a los garantes, los que estudiaron las posiciones y emitieron pareceres técnico-jurídicos, que fueron favorables a la posición peruana. Una vez emitidos estos pareceres, el proceso negociador volvió a estancarse porque no era políticamente viable para Ecuador aprobar esa conclusión.

Se inicia así la última etapa de la negociación, que fue a nivel presidencial y que tuvo un objetivo fundamentalmente político, encontrar una fórmula que permitiera finalizar las negociaciones. Ello se logró cuando Perú accedió a conceder al Ecuador un terreno de un kilómetro cuadrado, en la zona de frontera, en territorio peruano, en el cual Ecuador podía honrar a sus compatriotas caídos. Este gesto político, fue el que permitió, finalmente, firmar la paz entre los dos países, haciendo posible, desde ese momento, un trabajo conjunto para el desarrollo, especialmente en el área de la frontera común.

Crisis democrática en Guatemala
El tercer caso se refiere a la crisis de la democracia en Guatemala, cuando, en 1993, se produjeron manifestaciones populares masivas en contra de incrementos a los precios de energía

y el transporte. El sector estudiantil inició también protestas públicas vinculadas a un incremento de pasajes y a otros reclamos. En esas protestas un estudiante murió asesinado.

Ese acontecimiento provocó un paro general, convocado para mediados del mes de mayo. Al mismo tiempo se produjeron algunos secuestros de estudiantes, un asesinato de un profesor universitario y de varios otros ciudadanos.

Ante esta situación de creciente violencia, se produjo un pedido a la Contraloría General para investigar las finanzas del presidente Serrano.

Su respuesta fue tomar el poder en forma dictatorial. El entonces presidente, Jorge Serrano, decidió disolver el Congreso, la Corte Suprema de Justicia y la Corte de Constitucionalidad, pidiendo al Tribunal Electoral que convoque a elecciones para elegir a diputados para una Asamblea Constituyente en 60 días. Propuso también candidatos para renovar la Corte Suprema. Asimismo, destituyó al procurador general de la Nación y decidió suspender derechos constitucionales, tales como las leyes de amparo, exhibición personal, la ley electoral y otras.

Para asegurar el control, al día siguiente de los anuncios, envió tropas a las casas del procurador de Derechos Humanos, del presidente del Tribunal Supremo Electoral y del presidente del Congreso. Prohibió también las reuniones de más de tres personas y desplegó el ejército para controlar las entradas a la ciudad capital y a la universidad de San Carlos.

Frente a todos estos hechos, la Corte de Constitucionalidad decretó las medidas como ilegítimas e inconstitucionales. El Tribunal Electoral descartó la orden de convocar elecciones.

Al inicio de estos acontecimientos, se produjo una reunión de emergencia en la OEA y se decidió enviar una misión a Guatemala, encabezada por el secretario general e integrada por algunos cancilleres.

La misión se desplazó a la capital guatemalteca y encontró un panorama caótico, con serio peligro de incremento de la violencia, que podía convertir la situación en incontrolable.

La misión inició sus tareas visitando al presidente Serrano para solicitar su cooperación en lograr una salida al conflicto. Su respuesta fue reafirmarse en su posición.

Se inició también una ronda de conversaciones con las principales fuerzas políticas del país y con representantes de diversos sectores sociales.

Se pudo comprobar que la situación era crítica y que, si no se conseguía

iniciar un proceso de negociación, el peligro de una ola de violencia podía concretarse fácilmente.

La misión consideró entonces conveniente iniciar conversaciones para propiciar una solución, cuyo objetivo central era volver a una situación democrática y constitucional, con pleno respeto al ordenamiento jurídico guatemalteco.

Ello se fue construyendo lentamente y, finalmente, se le presentó una propuesta al presidente Serrano, cuya esencia era que dejara sin efecto las medidas adoptadas por inconstitucionales y que, además, se iniciara un proceso de conversaciones entre los diversos sectores para volver a la normalidad. El presidente Serrano se negó a aceptar las condiciones propuestas.

Un par de días después, el presidente Serrano perdió el apoyo de las Fuerzas Armadas, que llegaron a la conclusión de que no era posible mantener su apoyo cuando la mayoría de la población estaba claramente en contra de él y de sus actos.

Cuando ello ocurrió, el presidente Serrano renunció a su cargo, abandonando el país. El vicepresidente lo reemplazó por un brevísimo plazo hasta que el Congreso eligió al procurador de Derechos Humanos, Ramiro de León, como el nuevo presidente.

Resalto que, para lograr este resultado, hubo múltiples conversaciones y negociaciones para evitar un estallido de violencia y lograr una salida pacífica de la crisis.

Conclusiones

Los ejemplos reseñados permiten concluir lo siguiente:

Hay una clara voluntad mayoritaria en los países de la región de vivir en democracia.

El respeto a la Constitución y las leyes, para preservar un régimen democrático, es esencial para superar las crisis.

El diálogo y la negociación, con respeto a la posición del contrario, son fundamentales para una superación pacífica de las crisis.

La comunidad internacional puede contribuir a superar las crisis, prestando apoyo a los esfuerzos internos para alcanzar una solución.

Finalmente, la voluntad popular es decisiva para orientar la salida de las crisis, puesto que, sin contar con ella, no hay solución posible. ☺

*Hugo de Zela, exvicecanciller y embajador del Perú en Argentina, Brasil, Estados Unidos y la Organización de los Estados Americanos (OEA). Exjefe de Gabinete de la Secretaría General de la OEA. Consultor internacional.

DOSSIER >> MEDIACIÓN Y CRISIS POLÍTICA

Miranda, el diplomático de sí mismo

"Su relación con la zarina fue muy provechosa, pero también fue una *relación peligrosa*: los celos de Potemkin casi le cuestan la vida, y se ve obligado a salir casi huyendo de Rusia, para desagrado de Catalina, que sin embargo no dejó de apoyarlo, aunque las intrigas diplomáticas de la Corte española trataran de indisponerlo"

JUAN CARLOS CHIRINOS

Podría decirse que la agitada vida de Francisco de Miranda (1750-1816) fue una continua negociación. Me acercaré a algunos episodios de su vida en los que, aun no siendo oficialmente diplomático de ningún país, ejerció el oficio, una de las tantas habilidades que aprendió, probablemente, gracias a sus lecturas, y perfeccionó con el trato a los grandes personajes que conoció y los numerosos lugares que visitó. Cuando se leen sus diarios es evidente que, mucho antes de convertirse en un hombre de acción, Miranda tuvo tiempo para ejecutar una labor intelectual que lo llevó a concebir el incanato al que llamó Colombia, su gran sueño político, y que Bolívar ensayaría en el breve episodio que fue la Gran Colombia, que nunca se llamó así. Los motivos o topos literarios estuvieron presentes en su trabajo intelectual y podría argüirse que estos guiaron su acción política. Uno de los lemas con que encabeza el tomo de viajes de su *Colombeia*, el “Himalaya de papeles” (José Luis Salcedo-Bastardo *dixit*), es un soneto publicado¹ por Ignacio Benito Avalué en 1744:

*Saber poner en práctica el amor,
que a Dios y al hombre debes profesar;
a Dios como tu fin último amar,
y al hombre como imagen de su Autor:*

*Proceder con lisura y con candor;
a todos complacer sin adular;
saber el propio genio dominar;
y seguir a los otros el humor:*

*Con gusto el bien ajeno promover;
como propio el ajeno mal sentir;
saber negar, saber condescender:*

*Saber disimular y no fingir;
todo esto con prudencia has de ejercer,
para acertar la Ciencia del Vivir².*

Reposa aquí un sucinto vademécum de política, pues la esencia de un buen negociador es tratar de acertar en la “ciencia del vivir”. El poema aconseja *prudencia*, es decir, hay que ser *previsor* y *competente*, conceptos que subyacen en la etimología latina del vocablo. Predicando el amor a la humanidad, el conveniente candor, el dominio de sí mismo, la empatía, la compasión, la generosidad, la firmeza para oponerse, la amplitud para aceptar al otro y cuidándose de no engañar al interlocutor torticeramente, el texto se erige en una fina brújula moral para guiarse por el mundo, lo que no es poco. No por casualidad a este soneto le acompañan un verso en latín del fabulista Cayo Julio Fedro: “Si lo que hacemos no sirve, vana es la gloria”; la fábula a la que pertenece, “Los árboles bajo la protección de los dioses”³, concluye



FRANCISCO DE MIRANDA – GEORGES ROUGET / PALACIO DE VERSAILLES

“esta fabulita aconseja no hacer nada que no aproveche”, y en ella, mientras los demás dioses eligen árboles estériles, Minerva escoge el olivo a causa de su fruto, por lo cual Júpiter reconoce: “¡con razón todos te llaman sabia!”. Miranda agrega, además, una línea en griego que atribuye a Marco Antonio, “de mi madre recibí la piedad”. Completa todo un programa de buen comportamiento que, todo sea dicho, el Precursor no siempre siguió. Al menos significa una aspiración: el viaje es aprendizaje y ejecución de lo aprendido en la misma medida en que la táctica es estrategia en acción.

II
Miranda, de grandes aspiraciones, tuvo que vérselas con la adversidad desde muy temprano. Su viaje a España, en 1771, no solo se debió a su deseo de conocer el mundo más allá de la pueblerina Caracas, sino al convencimiento de que, tal como le ocurrió a su padre, sus vecinos más acaudalados no le facilitarían la vida. Una vez en Madrid, fue autodidacta. Perfeccionó el francés, el inglés, el latín y el griego; estudió las ciencias, la filosofía y las artes militares: así lo consignó en el diario que comenzara apenas partiera de La Guaira. Era joven, era hermoso, era inteligente y era simpático: fuente de adoraciones y envidias por igual. Era impetuoso, y quizá por eso, ya maduro, apreciara los consejos que sus lecturas le habían proporcionado. Picón Salas apunta que tiene “singular desembarazo para tratar y discutir con los superiores”, y continúa: “Toda su vida será un redactor de planes y memorándums, y seguirá con su cabeza, o a través de los mapas y elaboradas hipótesis, las campañas militares que deban realizarse en los más lejanos sitios, o lo que le interesa aún más que la estrategia guerrera: las maquinaciones políticas”⁴. Esto le acarreará no pocos problemas, pero también le abrirá puertas, pues, como enseñó Virgilio, “la fortuna favorece a los audaces”. Su vida estuvo, como buen negociador, plagada de trampas e intrigas. En Cádiz tiene influyentes amigos, sí, pero también enemigos que lograrán que abandone la Península en 1780. Formó parte de la expedición española a Pensacola. Desde 1779, la Armada preparaba una gran flota para combatir a Inglaterra en el Caribe. Esta participación se sostuvo sobre el “Pacto de Familia” firmado en 1761 entre Carlos III de España y Luis XV de Francia.

En septiembre de 1778, sirviendo en el regimiento de la princesa, en Cádiz, se le encomendó una tarea provechosa para él: la reina madre de Portugal iba de paso desde Lisboa para Madrid y a Miranda se le ordena que la trate como si fuera la reina española y la escolte. Cumple a cabalidad su cometido y conoce el santuario de Guadalupe, Córdoba, Andújar, Valdepeñas y Toledo. No pierde oportunidad para viajar igual que no pierde ocasión para leer y escribir. Los libros le traerían problemas, aun sin saberlo él, pues tenía unos enemigos que le procurarían todo el daño posible: no llegó a saber que el 11 de noviembre de 1778 el Tribunal de Sevilla remitió al Consejo de la Suprema Inquisición de Madrid, una sumaria de 155 hojas “por delitos de proposiciones, retención de libros prohibidos y pinturas obscenas”⁵.

III
Con el viaje a Estados Unidos da comienzo su verdadero periplo como revolucionario y hombre de acción. Como *diplomático de sí mismo*, al principio; y de la causa de la libertad, después. Una valiosa lección que aprende es el criterio de verdad anglosajón: hay una significativa diferencia entre la palabra dada y la palabra escrita: en Boston, la aduana deja pasar tranquilamente sus baúles “con mi palabra solamente de que no contenían efectos personales”⁶. Esto no le impidió, sin embargo, ejecutar una pequeña travesura en la universidad de Yale: se presentó ante el rector Stiles como abogado graduado en México, y este le creyó candorosamente pues, ¿cómo desconfiar si sabía latín, griego, inglés y francés, y conocía de leyes como el que más? Por este episodio se le considera el primer estudiante de intercambio en Estados Unidos. Mientras tanto, en España se le lleva a juicio por acompañar al general inglés Campbell a inspeccionar las defensas de La Habana. Picón Salas afirma que el juicio “será tan largo, tan atiborrado de prosa curialesca, que, iniciada hacia 1780, solo merecerá sentencia absolutoria en 1799, cuando ya Miranda es todo un gran personaje internacional (...)”⁷. En febrero de 1782, recibe una significativa carta firmada por tres mantuanos de Caracas, en la que lo instan a invadir Venezuela. Es la primera vez que ellos lo consideran el verdadero embajador de la causa de la libertad: “Vmd. es el hijo primogé-

nito de quien la madre patria aguarda este servicio importante, y nosotros los hermanos menores que con los brazos abiertos y puestos de rodillas se lo pedimos también por el amor de Dios; (...) no hemos querido dar un paso, ni le daremos sin su consejo de Vmd., en cuya *prudencia* tenemos puesta toda nuestra esperanza”⁸. Por fin se le reconoce como *prudente*; ya con 32 años puede decirse que se ha ido manejando bien en la ciencia del vivir.

Esta misma prudencia le salvará la vida cuando se mueva en las procelosas aguas de la Corte rusa. Allí llega en 1787, convertido en un *gentleman* experto en relaciones públicas y de muchas cortesías. El 28 de diciembre, el poderoso príncipe Grigory Alexandrovich Potemkin entra en Kherson, y el 31 Miranda va, escoltado, a visitarlo. A Potemkin le interesa todo extranjero que venga desde el este, y Miranda tiene el interés añadido de ser americano. El 14 de febrero de 1787 conoce a la emperatriz Catalina en Kiev. Fue una jornada animada, en la cual conoce a otros grandes dignatarios como el general Mamónov, favorito de la emperatriz, y el príncipe Bezborodko: “Estuve en Palacio pronto a las once, y media hora después entró la emperatriz a quien fui presentado por el príncipe de Bezborodko, *maître de la cour*, y besé la mano de su majestad que con sumo agrado la sacó de su manchón y me la presentó de paso (pues no se usa aquí genuflexión ni nada) y yo hice una otra cortesía al retirarme. Después entré con el permiso que me envió luego el príncipe Potemkin a la antecámara y su majestad vino a hablarme inmediatamente, preguntándome cuántos grados de calor hacía cuando era menos en mi tierra, etc... Después salimos a la gran sala donde había preparada una mesa de 60 cubiertos (yo estaba ya convidado de antemano por el príncipe Boriatinskoy) en forma de paralelogramo de 3 lados. Nos sentamos a eso de las 12/12. Yo estaba al lado del conde de Tchernichev que me cuidaba con suma atención, y su majestad me envió por dos ocasiones de platos que tenía a su lado”⁹.

Su relación con la zarina fue muy provechosa, pero también fue una *relación peligrosa*: los celos de Potemkin casi le cuestan la vida, y se ve obligado a salir casi huyendo de Rusia, para desagrado de Catalina, que sin embargo no dejó de apoyarlo, aunque las intrigas

diplomáticas de la Corte española trataran de indisponerlo: Catalina nunca perdió la confianza en él, lo deja marchar con cartas de recomendación para sus embajadores europeos. Tal era su encanto, a pesar de que a ella no le sentó demasiado bien cuando se enteró de que su amigo venezolano defendía la nueva república francesa, aventura que forma parte de su proyecto de liberación americana, sobre el que ya tiene el plan político del incanato. De sobra es conocida su participación en la revolución, su importancia la atestigua su nombre grabado en el Arco de Triunfo, pero eso no quiere decir que no tuviera que sortear, con éxito, la guillotina un par de veces y la persecución del temible Fouché.

IV
Cuando Miranda regresa a Londres en 1791 espera que el gobierno inglés acepte y financie sus planes y se lo recuerda al primer ministro, William Pitt, ofreciéndole grandes oportunidades: “Señor, mi única mira, hoy como siempre, es promover la felicidad y la libertad de mi país (la América del Sur, excesivamente oprimida) y ofrecer grandes ventajas comerciales a Inglaterra, según lo manifesté en las propuestas presentadas el 5 de marzo de 1790”¹⁰. De aquí en adelante, el Precursor dedicará toda su energía a la causa libertadora. En 1806 intentará infructuosamente (y con la incomprensión de los mismos que en 1782 apelaban a su alabada *prudencia*) invadir Venezuela; pero, en 1810, ya madura la rebelión, su casa londinense se convertiría en el centro diplomático de los rebeldes venezolanos y la sede masónica principal: Bolívar, López Méndez y Bello llegan para recibir sus consejos y pedirle que lidere la lucha, lo cual acepta. Bello vivirá veinte provechosos años en Londres; Bolívar será, quisiéralo él o no, el heredero de las ideas mirandinas, y siempre será acusado de traicionar al Precursor en la hora aciaga de 1812. Francisco de Miranda terminará sus días en la prisión gaditana de La Carraca, quizá sin ser consciente del legado que dejaba y con la incertidumbre de si había logrado acertar con la verdadera clave de la ciencia del vivir: él fue sin duda un diplomático de su vida, más que de los salones; un prudente teórico cuya buena fe superó su malicia. Me parece que Miranda, a su pesar, supo promover más el bien ajeno que el propio, supo condescender y alguna vez cometió el error de disculpar las faltas graves de sus subalternos, como la insólita torpeza de Bolívar al perder Puerto Cabello; quizá acertó al disimular en las intrigas de los salones europeos, pero le faltó *suspiciacia* cuando gobernó en Venezuela. La vida se aprende viviéndola; es la forma de tu final la que certifica si has sido o no prudente, si has acertado en la misteriosa ciencia de la vida, si has sido un buen diplomático de tu propia existencia. Solo la fama que has dejado tras de ti tendrá la respuesta a esa gran interrogante. ☼

- 1 *Miranda, aventurero de la libertad*: <https://www.franciscodemiranda.info/es/documentos/index.htm> (consultado el 25/10/2024).
- 2 Francisco de Miranda, *Colombeia*, digitalizada en: <http://www.franciscodemiranda.org/colombeia/1> (consultado el 30/10/2024).
- 3 Fedro, *Fábulas esópicas*, Libro tercero, Madrid, CSIC, 2011, p. 79.
- 4 Mariano Picón-Salas, *Miranda*, Caracas, Monte Ávila, 1993, p. 44.
- 5 Tomás Polanco Alcántara, *Francisco de Miranda: ¿Don Juan o don Quijote?*, Caracas, Ge, 1996, pp. 69-70.
- 6 Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Caracas, Monte Ávila, 1982, p. 54.
- 7 Mariano Picón Salas, *Ob. Cit.*, p. 45.
- 8 “Carta de D. Juan Vicente Bolívar, D. Martín de Tobar y Marqués de Mixares, al Sor. Don Francisco de Miranda. Caracas, 24 de febrero de 1782”, en *Archivo*, tomo XV, pp. 68-69.
- 9 Francisco de Miranda, *América espera*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, p 81.
- 10 Francisco de Miranda, *Ob. cit.*, p. 109.

DOSSIER >> MEDIACIÓN Y CRISIS POLÍTICA

Mi abuelo, el embajador José Nucete Sardi

Biógrafo, historiador, periodista, narrador, crítico de arte, político y diplomático, José Nucete Sardi (1897-1973) fue dos veces embajador de Venezuela en Cuba, en momentos de relevancia histórica: cuando Fulgencio Baptista derrocó al presidente cubano Carlos Prío Socarrás, y cuando el gobierno encabezado por Rómulo Betancourt rompió relaciones con la Cuba comunista de Fidel Castro

LEOPOLDO MARTÍNEZ NUCETE

Escribo estas líneas con especial agradecimiento al *Papel Literario*. Me han pedido una semblanza de mi abuelo materno, ciudadano de excepción, historiador, periodista y político, diplomático fundamental del siglo XX venezolano, el embajador José Nucete Sardi.

Lo llamábamos *Papapa*. En unión con Julia Salas, *Mamama*, tuvieron cuatro hijas: Ligia, Yolanda, Leonor y Beatriz (mi madre). Mi abuela era hija de otra enorme figura venezolana, el historiador, lingüista, sociólogo, etnólogo, periodista y Doctor en Ciencias Sociales, Julio César Salas (1870-1933), quien tuvo una benéfica influencia intelectual en la formación temprana de José Nucete Sardi, su yerno. Quiero añadir que las cuatro hijas le dieron a esos abuelos, catorce nietos.

José Nucete Sardi fue un escritor prolífico y un políglota: muy joven, además del español, aprendió por sí mismo, valiéndose de diccionarios, textos y obras literarias en otros idiomas, inglés, francés, italiano y algo de alemán. Era un lector voraz, que con el tiempo se convertiría en un autor prolífico. Una bibliografía básica suya debería incluir no menos de 40 títulos, que incluyen biografías, ensayos históricos, al menos dos novelas, varios libros de relatos y numerosos discursos suyos, que fueron impresos como libros. En su obra hay aportes significativos al estudio de Francisco de Miranda, Simón Bolívar, José Antonio Páez, Cecilio Acosta, Alexander Von Humboldt y Andrés Eloy Blanco, entre otros. Su libro *Notas sobre la pintura y la escultura en Venezuela* le valió el “Premio de la raza”, correspondiente a 1940, que otorgaba la fundamental Real Academia de las Bellas Artes San Fernando, Madrid. Fue colaborador de distintas publicaciones, entre ellas, de este mismo *Papel Literario*, en numerosas oportunidades. Entre 1940 y 1944 dirigió la *Revista Nacional de Cultura*. Fue individuo de número de la Academia Nacional de Historia de Venezuela,

como titular del sillón H, desde 1945 hasta su fallecimiento en 1973.

Años de formación e inicio en el periodismo

Lo relata en su libro *Cuadernos de indagación e impolítica: notas venezolanas*: muy temprano en su juventud escoge el camino del exilio voluntario. Alejarse del gomecismo le permite hacer estudios en Ginebra (Suiza) y Bruselas (Bélgica). A continuación, parte de Europa a New York, donde realiza una serie de cursos libres en la Universidad de Columbia. Al regresar a Venezuela contrae matrimonio con Julia Salas.

En 1922 lo designan jefe de Redacción del diario *El Universal*. En 1935, el Ministerio de Instrucción Pública, le hace un encargo que será decisivo en su vida intelectual y de investigador: reunir, ordenar y preparar el estudio del Archivo de Francisco de Miranda. De allí proviene su pasión, que no declinará nunca, por la figura del Generalísimo, y el estudio biográfico, *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*, que se constituirá en una de sus obras más conocidas.

En el servicio exterior

Tras la muerte de Juan Vicente Gómez, José Nucete Sardi realiza distintas funciones públicas durante las presidencias consecutivas de los generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita. Se desempeña como director de la Oficina de Prensa Nacional (1936-37), adscrita a la Presidencia, y luego como director de Cultura y Bellas Artes (1940-1944), adscrita al entonces Ministerio de Educación e Instrucción Pública. Pero hay que destacar, en el marco de este artículo, que entre 1937 y 1938 fue designado por López Contreras como inspector general de consulados y concurrentemente, representante de Venezuela ante la Liga de Naciones, entidad predecesora de la ONU. Estaba adscrito a la Cancillería bajo el liderazgo de Esteban Gil Borges.

Así comienza su trayectoria diplomática, que continúa como embajador en Alemania con jurisdicción sobre Checoslovaquia, Polonia y Rumania, en plena II Guerra Mundial (1938-1940). Más adelante es designado embajador ante la Unión Soviética (1946); embajador en Cuba dos veces (1947-1952 y 1959-1961), capítulo central en su vida en el que me detendré más adelante; también se desempeñó como embajador en Argentina (1958); y embajador en Bélgica y Luxemburgo (1966-1968). Además le correspon-

dió encabezar múltiples delegaciones de Estado en El Vaticano, Trinidad y Tobago, y Brasil.

En sus aportes a la política exterior de Venezuela se hicieron sentir su apasionada vinculación al acontecer cultural –que utilizaba como herramienta de acercamiento y vinculación entre gobiernos y con las sociedades de los respectivos países–, pero también su compromiso inquebrantable con los derechos humanos, los derechos de las minorías y la igualdad de género, en una América Latina sujeta entonces a las luchas democráticas contra el autoritarismo. Sus posturas de vanguardia lo relacionaron con la masonería, así como al pensamiento y liderazgo socialdemócrata en Hispanoamérica. Destacó, de modo muy activo, como protagonista en la defensa de los derechos del pueblo judío, promoviendo la solución de dos Estados en el territorio Palestino durante el Mandato Británico, lucha que conllevó más tarde a la creación del Estado de Israel por resolución de las Naciones Unidas en 1947. Pero además, José Nucete Sardi fue un diplomático que estaba a la vanguardia de su época abogando por el multilateralismo, los derechos de los pueblos indoamericanos y el ecologismo como fundamento político del derecho ambiental internacional.

Tras este preámbulo, me propongo detenerme en cuatro aspectos de su aporte a la diplomacia Venezolana del Siglo XX: (i) bases para la profesionalización y modernización de la infraestructura consular del Estado; (ii) la relación entre Cuba y Venezuela; (iii) la creación del Estado de Israel; y, (iv) su aporte para alcanzar el apoyo internacional requerido por la causa de la democracia, durante la lucha contra la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez.

La modernización de la función consular

En 1937, bajo la Administración del general Eleazar López Contreras, Nucete Sardi sale de la Dirección de la Oficina de Prensa Nacional y se integra al servicio exterior como inspector general de consulados, en la Cancillería. El propósito consistía en evaluar, inventariar y proponer la profesionalización de la actividad consular del Ministerio de Relaciones Exteriores, en un país que aspiraba a la modernización del Estado. Esta función la ejerce de forma concurrente con la Secretaría o Representación de la Legación de Venezuela ante la Liga de Naciones. Por ello estableció residencia, primero en Gi-



JOSÉ NUCETE SARDI / ARCHIVO FAMILIAR

nebra y luego en Bruselas.

Conservo la correspondencia y puntos de cuenta enviados por mi abuelo al presidente López Contreras, entre los cuales se pueden leer intercambios que exponen cómo durante 1937 y 1938 viaja por Europa, inspeccionando las misiones consulares del país. Le correspondió modernizar, profesionalizar y fortalecer aquellas delegaciones que requerirían recursos, y sustituir aquellas conducidas con informalidad y bajo nombramientos sin fundamento recaídos, incluso, en extranjeros amigos del gomecismo.

Creación de Israel

En 1939 se instala en Washington D. C. el American Palestine Committee, cuyo propósito fue alcanzar el establecimiento de un Estado judío en el territorio del Mandato Británico en Palestina. Entre las múltiples tareas, para persuadir al mundo sobre la urgente necesidad de partir el territorio y hacer posible el establecimiento del Estado de Israel, se planteó entonces la tarea de ganar a destacadas figuras a favor de esta solución.

Se comenzaron a formar así los Comités Pro Palestina Judía en América Latina. El de Venezuela fue formado y presidido por José Nucete Sardi, con Andrés Eloy Blanco como vicepresidente, y figuras como el jurista Carlos Eduardo Stolk, quien más adelante sería representante de Venezuela ante las Naciones Unidas (1947).

Este distinguido grupo entregó a Rómulo Betancourt y a Rómulo Gallegos una carta suscrita por el liderazgo internacional del Comité establecido en Washington D. C. Así, con el apoyo del gobierno y de Rómulo Gallegos, bajo el liderazgo de Nucete Sardi se formalizó el apoyo del gobierno de Venezuela, y se promovió el de otros gobiernos en América Latina. Este apoyo fue clave en la creación y reconocimiento del Estado de Israel, formalizado en la Resolución 181 de las Naciones Unidas, adoptada en noviembre de 1947. Antes de partir hacia Cuba como embajador, entregó la presidencia del comité a Andrés Eloy Blanco.

Durante numerosas conversaciones con los embajadores José Luis Salcedo Bastardo y Simón Alberto Consalvi, amigos de Nucete Sardi, entendí que su vinculación y empatía hacia la causa del pueblo judío se gestó en sus años como delegado de Venezuela ante la Liga de Naciones y durante su ejercicio como embajador de Venezuela en Alemania (con jurisdicción sobre Polonia, Checoslovaquia y Rumania) en plena II Guerra Mundial. Más adelante lo corroboraría con líderes de la comunidad hebraica, que me relataron las gestiones de

mi abuelo para lograr proteger a refugiados judíos, amparado en la misión diplomática, hasta lograr sus salvoconductos para huir del horror del Holocausto. Años después, organizando archivos con el apoyo de mi prima María Eugenia Arria Nucete, nos encontramos con un ensayo publicado por él en la *Revista Bitácora*, “Momentos en la tragedia”. En el ensayo relata que residían en un hospital familiar regentado por una pareja de judíos de origen ruso, emigrados a Bélgica. Rosa Paliakoff, copropietaria del hostel, aparece como coautora de la narración.

En el archivo familiar guardamos una bellísima placa de reconocimiento a Nucete Sardi otorgada por la Asociación Israelita de Venezuela. Estaba colgada de forma destacada en el estudio de su residencia familiar en Caracas, reconocimiento a su lucha a favor del pueblo judío. En el texto se exhorta a Israel, sembrar un árbol en su homenaje, en la Avenida de los Justos entre las Naciones en Jerusalén.

Cuba, primer periodo como embajador

La Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida por Rómulo Betancourt, lo designa en 1947 embajador de Venezuela en Cuba, y luego es ratificado en dichas funciones por el presidente Gallegos. Por lo tanto, se acredita como embajador durante la Presidencia de Ramón Grau San Martín, y durante su gestión, gana las elecciones presidenciales en Cuba quien era el primer ministro: Carlos Prío Socarrás. Con ambos, Nucete Sardi tenía amistad forjada en las causas de la intelectualidad socialdemócrata y progresista de Latinoamérica.

Cuando viaja a Cuba para presentar sus credenciales ante el gobierno de Cuba, recibe una misiva de Rómulo Betancourt, fechada el 19 de noviembre de 1947 en Miraflores. Faltaban tres semanas para las elecciones que ganó Gallegos en diciembre. Adjunto a la comunicación venía un memorando confidencial, que incluye un punto final escrito a mano por el propio Betancourt. Mantengo en mis archivos ese documento y muchas otras copias de informes y piezas de la correspondencia de Nucete Sardi con Gallegos y Betancourt sobre la situación en Cuba y en República Dominicana. En ese histórico documento se lee:

“1. Debes plantearle al Dr. Grau San Martín todo lo relacionado con los informes que tenemos y que ya fueron transmitidos con respecto a la adquisición de armas por el gobierno de Trujillo.

(Continúa en la página 5)



JOSÉ NUCETE SARDI, MOISÉS SANANES, ANDRÉS ELOY BLANCO Y EDUARDO STOLK / ARCHIVO FAMILIAR

Mi abuelo, el embajador José Nucete Sardi

(Viene de la página 4)

2. Debes sugerirle al presidente la conveniencia de que al ser contestada la nota que pasará nuestra Cancillería a las otras de América, sea enfático su gobierno al condenar las maniobras de la dictadura dominicana, encaminadas a perturbar el orden público en Venezuela.

3. Debe precisársele también al presidente que el gobierno de Venezuela estaría también dispuesto a suscribir cualquier declaración conjunta que se formulara por gobiernos de América validados por el voto popular, contra la dictadura dominicana.

4. También debe insistírsele en nuestra tesis reiterada de no apoyo económico ni militar a movimientos armados que se promuevan fuera o dentro de Santo Domingo contra el dictador Trujillo. Que no procederíamos contra ese régimen salvo en el caso de que en territorio Dominicano fuese armada una expedición contra el gobierno y el pueblo de Venezuela. Que en caso de que tal cosa sucediera, estamos dispuestos a adoptar una actitud enérgica, ya que actuaríamos como un país agredido”.

El memorándum contiene detalles sobre los embarques de armas para la dictadura de Trujillo provenientes de Río de Janeiro, según las fuentes de inteligencia disponibles de Venezuela.

Durante 1947 y 1948, Nucete Sardi escribe varios memorandos para el presidente Gallegos sobre la situación política en Cuba, y en alguno de ellos anticipa con angustia la crisis que se gestaba y desembocaría en 1952 en el derrocamiento de Prío Socarrás por parte de Fulgencio Batista. Paradójica y lamentablemente, primero ocurre el 24 de noviembre de 1948, el derrocamiento de Rómulo Gallegos en Venezuela, por un artero golpe de Estado.

Pese al golpe de Estado, mi abuelo continuó como embajador en Cuba durante un tiempo. Conocedor de las realidades políticas internacionales y del principio de continuidad administrativa, sabía que el gobierno de facto de la Junta Militar tendría mucha dificultad para acreditar otro embajador tras derrocar a Rómulo Gallegos. La permanencia en La Habana vino como anillo al dedo, porque allá fue la primera parada del exilio de Gallegos y Betancourt, junto a otros líderes venezolanos, entre 1948 y 1952, gracias a salvoconductos y asilos negociados por Nucete Sardi.

Apoyo al movimiento democrático venezolano

En 1952, tras el derrocamiento de Prío Socarrás, la dirigencia política de los asilados venezolanos en La Habana, todavía bajo el manto protector de Nucete Sardi desde la Embajada, recibe una contundente respuesta del dictador Batista, quien retira la acreditación a la misión diplomática encabezada por Nucete Sardi, y lo expulsa junto a los asilados venezolanos que permanecían en Cuba. Nucete Sardi, Betancourt y los demás asilados parten hacia Costa Rica y México. Más tarde, Nucete Sardi regresa a Venezuela por un tiempo.

En el país ya había ocurrido el asesinato del general Delgado Chalbaud (1950) y la consolidación del poder en torno a Marcos Pérez Jiménez. Acción Democrática había pasado a la clandestinidad, el líder político Jóvito Villalba había sido desterrado tras el fraude electoral cometido por la dictadura en diciembre de 52, y mi abuelo, junto a Carlos Morales Fernández (había sido canciller de Venezuela durante 1945-47), forman el Bloque Democrático Nacional (BDN), acompañados por Martín Pérez Guevara, Eduardo Arroyo Lamedá, José Antonio Mayobre y Juan Liscano Velutini.

El BDN era un movimiento independiente, pero también actuaba como brazo legal de Acción Democrática. A partir de ese momento escaló la persecución contra dirigentes políticos y varios intelectuales, incluido el mismo Nucete Sardi. De hecho, su fotografía está incluida en los archivos



LEOPOLDO MARTÍNEZ NUCETE Y JOSÉ NUCETE SARDI / ARCHIVO FAMILIAR

de la Seguridad Nacional señalado cómo “traidor a la patria”, junto a luchadores como Gallegos, Pinto Salinas y Ruiz Pineda, entre otros. Sin duda, la terrible suerte de Pinto Salinas y Ruiz Pineda obligó a Nucete Sardi a pasar a la clandestinidad y al exilio. Fueron años muy duros para la familia, hasta su captura y apresamiento en los sótanos de Seguridad Nacional, bajo el temido y cruel comando de Pedro Estrada. Una suma de voces interviene entonces para reclamar su liberación y asilo otorgado por Costa Rica, en esos momentos bajo la presidencia de José ‘Pepe’ Figueres. En su paso por Costa Rica, Nucete Sardi ejerce como periodista. De allí salta a México donde también trabaja como periodista, y luego se dirige a los Estados Unidos, donde se incorpora como profesor invitado en la Universidad de Columbia, Nueva York.

Durante ese trayecto dedica sus días al tejido de relaciones y apoyos internacionales necesarios para el movimiento cívico-militar que avanzaba en Venezuela para restablecer la democracia. En otras palabras, es un “diplomático” de la causa democrática venezolana que trabaja en cada lugar donde encuentra acceso, gracias a las labores periodísticas e intelectuales que desempeña.

El 10 de enero de 1958 se publica el conocido “Manifiesto de los intelectuales”, que contribuye a marcar la pauta de los acontecimientos que desencadenan el derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez el 23 de Enero de 1958. Allí, junto a los redactores

del histórico texto –Miguel Otero Silva, Mariano Picón Salas, Isaac Pardo, Aristides Bastidas, Ernesto Mayz Vallenilla, Alexis Márquez Rodríguez y Francisco Pulido Guerrero–, aparecen las firmas de José Nucete Sardi, Francisco De Venanzi, Elías Toro, F. Rísquez Cotton, José Luis Vethencourt, Arroyo Lamedá, Lucila Palacios, Jóvito Villalba, Acosta Saignes, Salcedo Bastardo, Díaz Seijas, Arcila Farías, Rosenblat, Vicente Gerbasi, Márquez Cañizales, Sergio Antillano, Carlos Dorante, Falcón Briceño, Barrios Cruz, Pedro Laya, Juan Manuel González, Aquiles Monagas, Humberto Rivas, Adriano González León, Ramón Palomares, Herrera Luque, Guillent Pérez, Vicente Emilio Sojo, Antonio Estévez, César Rengifo, Oswaldo Vigas, Miguel Arroyo, Mateo Manaure, Alejandro Otero y muchos más.

De regreso a Cuba cómo embajador

Nucete Sardi había regresado a Venezuela tras la caída de Pérez Jiménez el 23 de enero 1958. El almirante Wolfgang Larrazábal, entonces presidente de la Junta de Gobierno de Transición, lo designa embajador en Argentina, con el encargo de restablecer relaciones diplomáticas, tras la ruptura ocurrida cuando Pérez Jiménez otorgó asilo en Venezuela a Juan Domingo Perón. Cumplido el encargo y encaminadas las relaciones entre los dos países, en 1959 Rómulo Betancourt gana las elecciones. Entonces Nucete Sardi es designado embajador en Cuba, nuevamente. Su misión: restablecer las relaciones diplomáticas rotas desde 1952.

Nucete Sardi llega a Cuba como a un

segundo hogar. El vínculo con sus líderes intelectuales y con el movimiento cultural eran múltiples y profundos. Era reconocido por la élite, incluso por los revolucionarios que recién triunfaban bajo el liderazgo de Fidel Castro. Es pertinente recordar que Nucete Sardi tuvo su último episodio como diplomático en Cuba, durante la ruptura de relaciones con Batista.

Como tanto se ha repetido, poco después, Castro y Betancourt chocan de forma irremediable en el famoso encuentro en Caracas en 1959. Betancourt y su gobierno representaban una vitrina del experimento democrático que se iniciaba en el país, bajo la tesis de la Alianza para el Progreso promovida por el presidente John Kennedy, quien así rompía con la política de apoyar dictaduras de derecha en Latinoamérica, como un mal menor frente a la penetración de la Unión Soviética en la región.

En el epicentro de esa delicadísima maniobra diplomática venezolano-estadounidense, se encontraba inscrita la gestión granular de José Nucete Sardi como embajador de Venezuela en La Habana. Por un lado, se trataba de impedir la deriva hacia el comunismo en Cuba, que frustraría las aspiraciones del pueblo cubano, a partir del triunfo de la Revolución; y por el otro, intentaría estar cerca de un enemigo en ciernes para la arrancada democrática que se desarrollaba en Venezuela, para así anticipar sus pasos y, de ser posible, evitar se concretaran las intenciones ocultas de Castro en Venezuela. Navegar entre esas tensiones fue la tarea de enorme responsabilidad histórica, que le correspondió afrontar a mi abuelo demócrata y diplomático.

En 1961, Nucete Sardi, embajador de Venezuela en Cuba, en nombre del presidente Rómulo Betancourt, rompe las relaciones con el régimen de Fidel Castro y regresa a Venezuela. En 1962, Venezuela propone la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA), hecho que marca el inicio de la conocida “Doctrina Betancourt”, de presión y aislamiento dentro el Sistema Interamericano a los Regímenes Autoritarios, antecedente de la Carta Interamericana Democrática de la OEA. Allí también está la huella de José Nucete Sardi.

Paréntesis personal

El 2005 tuve que partir al exilio junto a mi familia, dada la confrontación, como diputado adversario del régimen chavista, que incluyó mi apasionada pero documentada oposición y escrutinio, a la leonina relación para el interés venezolano que se tejía a través del Convenio de Cooperación Petrolera suscrito entre Chávez y Fidel Castro. Mi primera parada en esta etapa de mi vida, que ya suma dos décadas, fue en la ciudad de Weston, Florida.

Un día fui con mis hijos a un juego de los Miami Marlins. Llevamos nuestras banderas de Venezuela para apoyar al estelar Miguel Cabrera. A nuestro lado, una bellissima abuela, junto a su hijo y sus nietos disfrutaban del juego. Estaba sentada al lado de mi hijo Eduardo. La dama le dice cariñosa-

mente a mi hijo: “¿Ustedes son venezolanos?”. Él, con orgullo, le contesta que sí. Entonces, hablándole en voz alta, para que yo también escuchara, le dice: “Hijo, qué bueno que están acá, porque te puedo decir que lo que se le viene a Venezuela con ese Chávez es muy duro”. Y Eduardo me dice: “Papi, le puedo decir, ¿verdad?”. Le sonreí asintiendo en señal de permiso, porque tras nuestra salida de Venezuela había pedido a todos en la familia actuar con la mayor discreción al hablar de política con desconocidos.

Y Eduardo, con orgullosa sonrisa, le dice: “Mi papi es Leopoldo Martínez Nucete, uno de los líderes de la oposición contra Chávez”. Todavía me brotan lágrimas mientras escribo esta memoria, porque la señora inmediatamente estalló en alegría al escuchar el apellido Nucete. Y me preguntó: “¿Usted es algo del embajador don José Nucete Sardi?”. Y le dije: “Es mi abuelo”. Entonces fueron dos innings de conversación recordando cómo su padre, alto funcionario del gobierno de Urrutia Lleó logró salir asilado hacia Venezuela, con un salvoconducto negociado por mi abuelo. No solo negoció el asilo, sino que se alojaron en la sede de la Embajada antes de partir para Venezuela: “Sus abuelos –me dijo– nos trataron como familia en su residencia, y de allí partimos a Maracay en Venezuela, donde a mi padre lo esperaba un trabajo en el negocio de un familiar del embajador”. Y agregó: “Sé que fueron más de cien salvoconductos los que logró su abuelo para personas como mi padre”.

Su última misión: Bélgica y Luxemburgo

En 1964, José Nucete Sardi es designado gobernador de Mérida por el presidente Raúl Leoni. En 1966 y hasta 1967 fue designado para cumplir con su última misión como embajador, esta vez en Bélgica y Luxemburgo. Tengo una fotografía de una visita que hicieron mis padres a Bruselas cuando yo tenía dos años para visitarlo. El diplomático y poeta Vicente Gerbasi fue unos de sus consejeros en Bruselas. Conversé con él en Madrid, antes de su fallecimiento. Me habló de lo mucho que aprendió de mi abuelo como diplomático: “Fue un hombre de Estado, uno de los mejores y más experimentados diplomáticos de Venezuela en el siglo XX”, me dijo.

José Nucete Sardi fallece el 12 de noviembre de 1973. Además de un gran diplomático e intelectual, fue un abuelo presente y amoroso. Cada domingo los nietos almorzábamos y pasábamos las tardes con nuestros abuelos. Ellos, a su vez, visitaban a cada una de sus hijas los jueves. Rutinas ambas que, con el paso del tiempo, consolidaron vínculos profundos entre nosotros, casi sin darnos cuenta de cuán enterrados en nuestros corazones quedarían esos almuerzos, esos dulces andinos que nos preparaba mi abuela, esas tardes dominicales de juego.

Cuando mi abuelo murió yo era un niño de 9 años. En mis últimos dos cumpleaños, en navidades o en cualquier ocasión que deseaba celebrarme algún logro, me regalaba libros. Y no olvido cuáles: el *Quijote*, una *Antología poética* de Andrés Bello, la colección de la *Historia de la nación cubana* (en su última edición antes de que Cuba cayera en las garras del castrismo), y algunos de su propia cosecha: *Cuadernos de indagación y de impolítica; El hombre de allá lejos, La defensa de Caín; Sesenta días con su excelencia; y Aventura y tragedia de Don Francisco de Miranda*. Esos libros me han acompañado a dondequiera en mis mudanzas. Son libros que cada día valoro más. Al releerlos no puedo evitar tener diálogos imaginarios con él, porque siento su enorme legado. Y es sencillamente impresionante pensar en que su categoría como hombre del servicio exterior fue reconocida transversalmente por los más diversos sectores, aún en medio de todos los avatares de la vida política venezolana. Debe ser uno de los pocos, si no el único, que desempeñó altas funciones públicas y diplomáticas con los presidentes López Contreras, Medina Angarita, la Junta Revolucionaria de Gobierno de 1945, Rómulo Gallegos, la Junta de Militar presidida por el general Carlos Delgado Chalbaud, Wolfgang Larrazábal, Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Sencillamente un hombre extraordinario. ☛



JOSÉ NUCETE SARDI CON FIDEL CASTRO Y OTRAS PERSONAS / ARCHIVO FAMILIAR

DOSSIER >> MEDIACIÓN Y CRISIS POLÍTICA

El *affaire* Eudoro. El secreto bajo el prisma Richelieu

NELSON RIVERA

Justo en los días en que paladeo *Richelieu*, la reveladora biografía que Hilaire Belloc dedicó al inquietante y poderoso cardenal, leo algo del escandalillo, las entrete­las baratas según las cuales un señor cuyo nombre tiene redondos ecos, Eu-do-ro González, que ha ejercido de intermediario político, no sería sino “un infiltrado”, “un doble agente” o “un traidor”. Le atribuyen una capacidad de persuasión de dimensiones casi celestiales: habría convencido a Edmundo González Urrutia, presidente electo de Venezuela, de que huyera a España después de haber arrasado en las elecciones.

★★

El “magnífico arquitecto de Europa” –así han llamado a Richelieu– lo entendía así: uno de los muchos beneficios que tiene la figura del intermediador político o del embajador, es que sobre él lloverán, tarde o temprano, las sospechas o las acusaciones. El fracaso, el malentendido, la demora, los giros inesperados, las zancadillas, las derrotas diplomáticas, todo puede achacarse a la impericia, la mala voluntad, al torpe conocimiento de las lenguas o, peor, a que el intermediario porta una agenda oculta: trabaja para sí mismo o para otro rey o señor. Al intermediador, oficial o no, siempre se le podrá culpar. Apuntar y decir: tenemos un traidor entre nosotros. Así, el aura, el anhelo de perfección, el traje del emperador permanecerá impoluto.

★★

Desde tiempos remotos, los intermediarios o embajadores han cruzado los caminos para llevar mensajes de paz o anunciar la guerra. Muchos, quizá la mayoría, han sido olvidados, pero en alguna biografía –por ejemplo– ha sobrevivido el nombre de Parmenión, a quien Alejandro Magno (356 a 326 a.C.) enviaba adelante con saludos y regalos a jefarcas de otros reinos, o a Nearco, que recorría las costas como jefe de una misión naval que ofrecía la amistad del joven emperador a los gobernantes de ciudades costeras de Asia Menor. Los embajadores de Alejandro eran mensajeros. No más.

★★

Uno de los momentos más trágicos en la vida de Alejandro ocurrió cuando, enfurecido, atravesó el pecho de Clito con su lanza, el 328 a.C. Cenaban en Samarcanda (ciudad ubicada en Uzbekistán). Embriagados, discutieron delante de otros generales. Clito, el más próximo amigo de Alejandro, cometió el error que le costaría la vida: lo comparó de forma desfavorable con Filipo II, padre de Alejandro. Habría dicho, entre otras frases, “Filipo hizo mejor provecho de sus embajadores”. Entonces Alejandro respondió con el certero lanzazo. Se ha escrito que en el instante en que la lanza se separó de su mano con fuerza irreversible, comenzó el arrepentimiento de Alejandro. También su desconfianza hacia quienes le rodeaban.

★★

Entre las razones que explican por qué las artes diplomáticas de Julio César (100 a 44 a.C.) siguen vigentes, cabe recordar: tenía intermediarios, que escogía entre quienes estaban relacionados en los territorios a los que se proponía someter. Les asignaba la tarea de reclutar informantes. Julio César es quien sistematiza el uso de

los intermediarios como espías. Debían permanecer en el territorio por conquistar el mayor tiempo posible y observar. Les encomendaba conversar con simples habitantes y convencerles de que el ejército de César era imbatible. Mejor rendirse que luchar. El intermediario también actuaba como propagandista.

★★

Finalmente llega el año 52 a.C. Se aproxima la batalla decisiva. Los galos, capitaneados por Vercingétorix, se atrincheran en la fortaleza de Alesia, ubicada en una colina. Finalmente, a pesar de la heroica resistencia de semanas, Julio César y sus huestes vencen. Tras la rendición, viene la clasificación de los soldados prisioneros: unos pocos, los de mejor condición física, son incorporados de inmediato al ejército romano; otros, la mayoría, esclavizados; el grupo más pequeño, ejecutado de inmediato. Los primeros en caer atravesados por las espadas: los embajadores, “traidores y peligrosos”.

★★

Dos ensayos consecutivos, “Si el jefe de una plaza sitiada debe salir a parlamentar” y “El momento de parlamentar es peligroso”, pertenecientes al Libro I de los *Ensayos* de Michel de Montaigne (1533-1592), recogen una antigua precaución: no corresponde al jefe salir a parlamentar. No debe exponerse en ninguna circunstancia (“Y no hay hora, decimos, en la que un jefe deba andar más alerta que la de los parlamentos y las negociaciones de acuerdos. Y, por tal motivo, es una regla en boca de todos los militares de nuestro tiempo que el gobernador de una plaza nunca ha de salir él mismo a parlamentar”). Es el intermediario o el embajador, a quien corresponde asumir los riesgos: separarse de los suyos y avanzar hacia la zona donde aguardan los enemigos.

★★

En otro ensayo, “Un rasgo de ciertos embajadores” (también en el Libro I), Montaigne cuenta que dos embajadores escucharon a Carlos V pronunciar “ultrajantes palabras contra nosotros”, referidas a las capacidades de los soldados del rey de Francia. Carlos V habría añadido, “que desafiaba al rey a pelear con él en mangas de camisa, con espada y puñal, en un barco”. Al enviar el reporte correspondiente, los embajadores ocultaron al rey la agresividad de aquellas provocaciones. La decisión de atenuar aquella hostilidad, le resulta censurable a Montaigne, justamente por el desplante y virulencia del tono de Carlos V. “Y me parecía que el oficio del servidor es referir fielmente las cosas en su integridad, tal y como han acontecido, a fin de que la libertad de ordenar, juzgar y elegir radique en el amo (...). Sea como fuere, no me gustaría que me sirvieran así en mis pequeños asuntos”.

★★

Siete años antes de la muerte de Montaigne en 1592, nace en París, Armand Jean du Plessis, cardenal, duque de Richelieu, duque de Fronsac y par de Francia. El 9 de septiembre de 1585. Sin embargo, entre Montaigne y Richelieu, no solo cabe señalar diferencias de pensamiento muy profundas (dicho con brocha gorda: el primero miraba el mundo desde el individuo, el segundo desde el Estado). También vislumbraron el ejercicio diplomático desde perspectivas diferenciadas: Montaigne, en lo esencial, como un oficio de obediencias. Richelieu, co-

mo una práctica muy compleja –un arte–, atravesado por los intereses y la parafernalia del poder.

★★

Con Richelieu, el diplomático, el intermediador, es menos un mensajero y más un negociador. También un hombre que acumula ciertos saberes y que, preferiblemente, tiene un equivalente en la contraparte: otro embajador, colega con el que comparte códigos y fórmulas del oficio.

★★

El cardenal practica un método de preciosos resultados: mantenerse en silencio todo cuanto sea posible. Decir lo mínimo, solo para mantener vivo el intercambio. Unas pocas palabras que inciten al otro a continuar con su perorata. Que hablen sin contención. Ahí está él para escuchar sin atisbo de impaciencia.

★★

Y es que quien escucha en absoluto silencio, *escucha más de lo que se dice*. Oye el rumor de fondo, los pasos furtivos en la trastienda. Puede escuchar, incluso, lo que el hablante cree ocultar. Logra atisbar en el pensamiento del que habla.

★★

El joven Richelieu lo entendió muy temprano: el parlanchín expone sus fragilidades. Mientras habla se desnuda. Al contrario, quien se mantiene en silencio, construye un escudo simbólico. Al prolongar su hermetismo, al mostrarse impenetrable o casi impenetrable, se envuelve en un aura de autoridad: habla poco porque solo le compete lo esencial. Elude la tentación de desplazarse al centro de la conversación. No quiere protagonizar ni revelar las cuestiones primordiales de su vida o de su reino.

★★

Cuando Richelieu habla no levanta la voz. Fija su mirada en el rostro de su contraparte. Apenas se produce una pausa, formula una pregunta biográfica o pide una aclaratoria, cuyo desentrañamiento ocupará buena parte de la tarde. Escucha sin pestañear. No se mueve en su silla. Asiente. Suelta una frase aduladora o engañosa (“Es menester hablar a los reyes con palabras de seda”, dice en su *Testamento político*). Simula la amistad sin escrúpulo, si ello le asegura *su silencio*, si ello le asegura la “protección del secreto que guarda todo intermediario”.

★★

No inventó el secreto, pero lo elevó al núcleo deontológico de la intermediación política y el ejercicio diplomático. Así, el mejor intermediario es el que guarda un secreto sin matar la conversación, sin romper el vínculo o el simulacro de amistad. Richelieu, lo repetía, quizá pensando en sí mismo: el silencio es una virtud. “Una virtud varonil”.

★★

El silencio, además, procura otro beneficio: es el garante de la lealtad. Hay un lazo indisoluble que ata los hilos de la palabra a la traición. En tanto que existe un temor fundado a que *las palabras nos traicionen*, el leal escoge evitar el riesgo y encerrarse en el silencio, porque cuando se abre el grifo de las palabras, puede convertirse en torrente y dar cauce a la traición (de Talleyrand es la frase, que más adelante Churchill versionó, que describe la economía mental del diplomático: piensa dos veces y no dice nada).



RICHELIEU (1636) – PHILLIPE DE CHAMPAIGNE / MUSÉE CONDÉ, FRANCIA

★★

Se sabe: el silencio es una difícil disciplina, porque implica un sacrificio para aquellos que viven conectados a los hechos del mundo. Mantener el silencio ante las cosas que ocurren delante de nuestros ojos requiere de voluntad y aprendizajes. Alain Corbin subraya: “El aprendizaje del silencio es tanto más esencial, porque el silencio es el elemento en el que se forjan las cosas importantes”.

★★

Dada la ardua exigencia –de orden espiritual– que el cultivo del silencio demanda, la diplomacia ha encontrado en el florecimiento verbal, en la anécdota ornamentada, en el establecimiento de formas y protocolos, en el poliédrico universo de la conversación, otro modo de ratificar el carácter primigenio del secreto: se conversa con elegancia y profusión “para evitar decir la verdad, para mantener el secreto en las sombras”.

★★

La conversación hace que los participantes se sientan “juntos, entre propios”. Mark Fumaroli la describió como “el lugar de los lugares comunes”. En su realidad, se produce la palingnesia, la regeneración de la conversación corriente. La conversación se debate entre la repetición y la sensación de un nuevo comienzo. En ese vaivén radica su maravilla.

★★

Sin embargo, hasta el más diestro conversador de los intermediarios políticos está atado al deber de mantener su secreto lejos de espías y curiosos. Un intermediario político es justo eso: el que guarda un secreto. Su promesa profesional lo compromete a callar lo que sabe, para que el objetivo de la intermediación pueda cumplirse.

★★

No siempre Richelieu escapaba, a pesar de su solemne autoridad. A veces era conducido al callejón sin salida de la conversación galante y ociosa, que prefería eludir. Pero arrinconado, no le faltaban armas: hablaba con largueza de Lucifer, Gazette, Ludovico el cruel, Ludoviska, Serpolet, Priámo o Soumise, que eran sus gatos angoras preferidos, miembros destacados de la comunidad de la veintena de felinos que mantenía en su enorme castillo. O escogía perorar sobre un asunto que le inquietaba: la necesidad de que los señores eliminaran de las mesas el uso de cuchillos con punta y establecieran la obligación de usar los de punta redondeada (de hecho, a Richelieu se le tiene como el inventor del cuchillo de punta roma).

★★

Dispuestos los comentarios anteriores, debo volver al comienzo para decir: el *affaire* del señor de redondo nombre, Eu-do-ro, no es sorpresivo. Fue anticipado por Richelieu: previó que al intermediario sería blanco de “habladurías”, hasta lograr que “fallara y se apartara del buen camino del silencio”. Lo predijo: lloverían piedras y habladurías sobre su reputación.

★★

Richelieu también advirtió: al intermediario político podría desmoralizarse, si sus enemigos y rivales lo capturarán. “Conducirle a un encierro donde nadie le escuche”. De eso trata el *affaire* Eu-do-ro: de un intermediario al que expulsan de una organización política, “por no romper su deber de silencio, por evitar el más obvio de los riesgos”: contar a una asamblea de políticos –todos con sus móviles aguardando– que el presidente electo, el hombre de los 7 millones de votos, había decidido huir a España.

★★

Pero he aquí el canallesco destino que aguarda a los intermediarios: si hubiese roto su deber de silencio, y el electo por la voluntad popular, González Urrutia no hubiese podido viajar, entonces la acusación que hubiese caído sobre la cabeza del redondo nombre de Eu-do-ro, no hubiese sido de traición, sino de delación. ☹

Referencias:

- *Richelieu*. Hilaire Belloc. Traducción: José Fernández. Editorial Juventud. Séptima edición. España, 1984.
- *Richelieu*. Robert J. Knecht. Traducción: Gabriela Díaz Pérez. Editorial Biblioteca Nueva, España, 2009.
- *Testamento Político del Cardenal Duque de Richelieu, Primer Ministro de Francia, en el Reynado de Luis XIII*. Armand Jean du Plessis de Richelieu. Forgotten Books. Inglaterra, 2018.
- *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*. Robin Lane Fox. Traducción: Maite Solana. Editorial El Acantilado, Espala, 2007.
- *César. La biografía definitiva*. Adrian Goldsworthy. Editorial La esfera de los libros. España, 2011.
- *Los ensayos. Según la edición de 1595 de Marie De Gournay*. Michel de Montaigne. Prólogo: Antoine Compagnon. Traducción: Jordi Bayod Brau. Editorial El Acantilado, España, 2007.
- *Historia del silencio. Del Renacimiento a nuestros días*. Alain Corbin. Traducción: Jordi Bayod.
- *La diplomacia del ingenio. De Montaigne a La Fontaine*. Marc Fumaroli. Traducción: Caridad Martínez González. Editorial El Acantilado, España, 2011.

ANIVERSARIO >> 150 AÑOS DEL NACIMIENTO DE WINSTON CHURCHILL

La visión de Churchill sobre Hitler

"Las dificultades que Churchill experimentó, aunque en menor medida que las confrontadas por la mayoría entre las élites dirigentes británicas, para evaluar la cabal extensión del *radicalismo* de Hitler, forman parte de un tema más amplio: el de los obstáculos que se presentan para atravesar con nuestra mirada los nubarrones que oscurecen la marcha de la historia"

ANÍBAL ROMERO

Un ensayo de Churchill

Con relación a la trayectoria de Churchill como estadista destacan por encima de todo dos aspectos: en primer término, sus tomas de posición y advertencias acerca del revanchismo alemán, luego de la derrota de 1918, y en particular la amenaza representada por Hitler y el nazismo. En segundo lugar, el liderazgo inspirador que proyectó durante la Segunda Guerra Mundial, muy especialmente durante el período que va desde la capitulación de Francia a la culminación de la batalla de Inglaterra, entre junio y octubre de 1940. Ese Churchill visionario con respecto a la amenaza nazi forma parte de una narrativa legendaria, que no me propongo cuestionar sino matizar, para hacerla más acorde con la realidad de las cosas y extraer lecciones balanceadas de lo sucedido.

El juicio histórico tiende en ocasiones a simplificar el pasado, atribuyendo a algunos estadistas una mirada profética que, en realidad, se formó y desplegó en medio de dudas, acosada por la incertidumbre y ensombrecida por el desasosiego. Lo mismo ocurre con los pueblos, enfrentados a veces a dilemas complejos y decisiones de vida o muerte, llegando en ciertos casos a poner en cuestión la propia supervivencia nacional. De allí la importancia de determinar, en la medida de lo posible, las coyunturas a través de las cuales se van forjando las percepciones de líderes y pueblos, hasta alcanzar ese punto de madurez a partir del cual ya no hay marcha atrás.

En ese orden de ideas y en un extenso artículo, o, más bien, un sustancioso ensayo de interpretación, inicialmente publicado en una revista ("La verdad sobre Hitler" *The Strand Magazine*, noviembre de 1935), Churchill todavía concedía el beneficio de la duda a Hitler, sin por ello silenciar sus admoniciones sobre los peligros de la Alemania que resurgía bajo la conducción del líder nazi. En ese texto, incorporado después con ligeros cambios y otro título ("Hitler y su opción") a su libro de 1937, *Grandes contemporáneos*, Churchill hizo un recuento tanto de los desafueros y tropelías de Hitler y los nazis, hasta la fecha, como de los que, a su manera de ver, eran los innegables logros de un jefe político que en poco tiempo y con eficacia había conseguido invertir los resultados de la Primera Guerra Mundial, reajustando el panorama geopolítico europeo y restituyendo el lugar de



WINSTON CHURCHILL "THE ROARING LION" / YUSUF KARSH – LIBRARY AND ARCHIVE, CANADA

Alemania como gran poder, en plano de igualdad con Inglaterra y Francia.

Vanas esperanzas

Observaba Churchill en su texto que: "los vencedores están en camino de llegar a ser vencidos, y los vencidos, vencedores", rematando su reflexión con estas frases: "sea cual sea la opinión que se tenga de tales hazañas, lo cierto es que se sitúan entre las más notables de la historia del mundo" (cito por la edición española de *Grandes contemporáneos*, Madrid: Los libros de nuestro tiempo, 1943, p. 260). No contento con esto, también escribió que: "Mientras todas estas transformaciones ocurrían en Europa, el cabo Hitler estaba riñendo su larga, agotadora batalla por el corazón alemán. No puede leerse la historia de esa lucha sin sentir admiración por el valor, la perseverancia y la fuerza vital que le permitieron, amenazador, desafiar, conciliar o vencer a todas las autoridades y resistencias que obstruían su camino" (p.263).

Churchill intentaba ser equilibrado en sus juicios haciendo un esfuerzo de objetividad, lo que de por sí no es condenable; no obstante, llama la atención que Churchill, quien enumeró en el texto varias de las principales atrocidades que habían llevado a cabo los nazis contra los que se resistían a su afán totalitario, concluyó que la parte sombría de la carrera de Hitler; hasta entonces, no debía aún dejar de lado "la posibilidad de una alternativa luminosa" ni conducirnos a "cesar de esperarla". Churchill apostaba a que, tal vez, "la suavizadora influencia" de sus éxitos llevarían a Hitler a un cambio de dirección, desde el impulso destructivo a un rumbo constructivo: "Y por eso el mundo vive en la esperanza de que lo peor ha pasado, y de que nosotros podremos llegar a contemplar una más amable figura de Hitler en una época más feliz" (pp. 259, 266).

¿Menoscaban tales aseveraciones de Churchill su reputación como uno de los estadistas que más tempranamen-

te, y con mayor clarividencia, entendió el significado atroz de Hitler y el nazismo? Solo en cierta medida, una medida limitada y *humana*, pues el punto de verdad relevante no es que Churchill, como muchos otros millones, haya abrigado alguna esperanza infundada, algún anhelo pasajero, antes de que se desatase definitivamente la tormenta, sino que sus preguntas y vacilaciones ponen de manifiesto un problema clave de la política: la enorme dificultad de identificar, *a tiempo*, quién es un verdadero revolucionario, recabando las fuerzas morales y materiales para detenerlo.

¿Quién es un verdadero revolucionario?

Las dificultades que Churchill experimentó, aunque en menor medida que las confrontadas por la mayoría entre las élites dirigentes británicas, para evaluar la cabal extensión del *radicalismo* de Hitler, forman parte de un tema más amplio: el de los obstáculos que se presentan para atravesar con nuestra mirada los nubarrones que oscurecen la marcha de la historia. Los escollos se acentúan cuando se trata de lidiar con determinados individuos, los *verdaderos revolucionarios*, dispuestos a llegar mucho más lejos de lo que el marco existente de relaciones de poder está acostumbrado a admitir y gestionar.

Un verdadero revolucionario es por tanto el portador, portavoz y ejecutor de una política de objetivos ilimitados; y como apuntó Henry Kissinger, la dinámica revolucionaria avanza también por la incapacidad de los que desean preservar lo establecido, para entender que alguien está *en efecto* dispuesto a fracturar los límites, a llevar las cosas a un extremo y poner de cabeza el orden vigente. Dicho de otra forma, la ventaja de que casi siempre goza un revolucionario, al menos en las primeras etapas de su carrera de disrupción, se encuentra en la *incredulidad* de sus adversarios,

en su voluntad de considerar que a nadie puede ocurrírsele que una política deliberadamente radical, ajena a cualquier forma de moderación o sentido de las proporciones, pueda tener sentido.

Churchill llegó a pensar que, tal vez, el éxito serviría para que Hitler entrase en razón antes de proseguir su senda destructiva, y perdió por momentos de vista que el desafío encarnado por un verdadero revolucionario no se reduce a su vocación radical, sino a que no es fácil hallar una fórmula eficaz de contenerlo excepto acudiendo a la fuerza o la amenaza de la fuerza. Llegados al punto en que los factores de poder establecidos reaccionan, ya es con frecuencia demasiado tarde, y las estructuras existentes han crujido hasta sus cimientos.

Para un conservador como Churchill y otros de su entorno y posición en la estructura del poder británico, resultaba muy difícil manejarse ante un reto como el representado por Hitler, cuya trayectoria ponía día tras día en evidencia que *nunca estaría satisfecho con logros limitados*. En tal sentido, y como también enfatizó Kissinger en sus estudios sobre la diplomacia conservadora en tiempos de las guerras napoleónicas, si fuese fácil comprender a tiempo la naturaleza de un verdadero revolucionario, que irrumpe como una incógnita en el curso histórico, lo más probable es que ninguno alcanzase sus metas, pues los poderes establecidos buscarían ahogar sus ambiciones antes de que se convirtiesen en amenazas mortales.

Dos elementos de la ecuación

De modo que un político como Hitler es uno de los componentes de una ecuación que contiene dos elementos: de un lado, los propósitos radicales de un verdadero revolucionario, y del otro el descreimiento de sus oponentes, para los que se hace inverosímil concebir el carácter implacable, sin cuartel, de la provocación planteada.

En tal sentido, los dilemas de un conservador, o en todo caso de un político enfrentado a un desafío inusual, fuera de lo común, es el de toda persona "normal" que aspira a no verse empujado a indeseables extremos.

Lo anterior trae a la memoria el famoso verso de T. S. Eliot en su poema *Cuatro cuartetos*, de acuerdo con el cual "la humanidad no puede soportar demasiada realidad". De allí que sigamos acariciando vanas esperanzas cuando los mensajes de la realidad nos indican reiteradamente que las mismas son inútiles, y nos engañamos una y otra vez, a pesar del peso de evidencias que nos señalan que andamos descaminados y que nuestras ilusiones carecen de sostén.

Para el momento en que Churchill escribió el texto comentado, Hitler había dado amplias muestras de su radicalismo y disposición a acabar por la violencia con cualquier oposición a sus designios. Ya se sabía de la existencia de campos de concentración, aunque no aún de exterminio masivo, y no se había dado comienzo a la matanza sistemática del pueblo judío. Habían tenido lugar episodios macabros como el de la liquidación de los altos mandos de las S. A. o "tropas de asalto", durante una fatídica y sangrienta incursión en la que participó el propio líder nazi. Pero es que además de este cúmulo de demostraciones concretas de su talante criminal y empeño aniquilador, los dos volúmenes del libro de Hitler, *Mi lucha*, habían sido publicados en 1925 y 1926, y una edición abreviada en inglés existía desde 1933. A ello se sumaban las docenas de discursos pronunciados por el líder nazi, y es razonable suponer que Churchill conocía la sustancia del odio feroz de Hitler a los judíos y su ambición de conquistar "espacio vital" en el este de Europa, en una guerra total contra la Unión Soviética.

A pesar de que Churchill menciona *Mi lucha* en su artículo, no estoy totalmente convencido, según lo que transmite el ensayo comentado, de que para entonces su autor tuviese un conocimiento detallado del libro hitleriano. No obstante, y asumiendo que Churchill lo hubiese leído y analizado en detalle, lo más probable es que, como tantos otros en ese momento, "no hubiese creído que Hitler, realmente, de veras, sin duda, se disponía a llevar hasta el fin sus propósitos, por los motivos ya apuntados y que se resumen así: Hitler era un verdadero revolucionario, ese era el rasgo esencial de su liderazgo", y hasta a un político de la talla de Churchill le resultó difícil reconocer a plenitud esa verdad.

Otros revolucionarios

Los problemas para Churchill se acrecentaban debido a las singularidades de Hitler como revolucionario. Para ilustrarlo y contrastarlo con otros ejemplos, el caso de Napoleón, en primer lugar, ilustra al actor revolucionario impulsado por una ambición de poder personal, dirigida a imponer la hegemonía de un poder único sobre el resto de Europa. Los principios de libertad, igualdad y fraternidad encubrían la aspiración de crear una nueva dinastía imperial, y la trayectoria napoleónica demostró que nada iba a detenerle, y que en lo que le tocaba no podía confiarse en ningún arreglo que le limitase. Al final, fue necesaria la unión de todos los grandes Estados europeos para poner fin a una empresa geopolítica desmesurada.

Un caso distinto fue el de Lenin, un revolucionario al que se percibe, si bien no desprovisto de ambición de poder personal, ciertamente orientado de modo predominante por sus convicciones, y provisto de una ideología universalista que hizo del mundo entero su terreno de lucha. Lenin era una paradójica combinación de frío pragmatismo con fanatismo doctrinal, y sus metas y acciones mezclaban la prosaica destreza del político práctico con la despiadada determinación de un creyente en la utopía.

(Continúa en la página 8)

La visión de Churchill sobre Hitler

(Viene de la página 7)

Otros ejemplos de interés, como meras y útiles analogías, los ofrecen personajes como el Che Guevara y Hugo Chávez. Sus circunstancias fueron diferentes a las de los ejemplos mencionados, y ciertamente la dimensión e impacto de sus recorridos históricos no alcanzaron igual envergadura a las de esos otros personajes. No obstante, Guevara puso de manifiesto una mezcla de apego a una utopía, la del “hombre nuevo”, con la crueldad de un compromiso igualmente tenaz con la violencia. Y en cuanto al venezolano, le traigo a colación pues suministra un buen ejemplo del revolucionario instintivo, movido primordialmente por el resentimiento hacia un estado de cosas que aprendió a repudiar desde temprano en su vida

Por otro lado, Chávez creció políticamente a causa de la subestimación de sus enemigos potenciales, que sufrieron de una común miopía ante el reto revolucionario. En efecto, el líder de la “Revolución Bolivariana” fue objeto de respaldo y hasta de adulación, en especial durante las primeras etapas de su carrera, por sectores poderosos y privilegiados en la política, la economía y la sociedad venezolanas, que no tomaron en serio sus alardes revolucionarios sino hasta que fue demasiado tarde para detenerle. Y es lícito preguntarse hasta dónde habría llegado con sus delirios radicales, si la muerte no le hubiese doblegado siendo aun relativamente joven.

Especificidad de Hitler como revolucionario

La particularidad de Hitler como revolucionario estuvo en que reunió en su persona varios de los atributos comentados: estuvo, como Napoleón, a la cabeza de un gran poder y pretendió conducirlo al dominio hegemónico de Europa entera, y tal vez del mundo. Le impulsaba, como a Lenin, una ideología, que le proporcionaba tanto una visión del mundo, distorsionada y siniestra pero funcional, como una brújula para sus maniobras políticas. La unión de estos elementos le impedía sucumbir a componendas que arriesgasen el sacrificio de sus más íntimas convicciones. Era capaz de negociar y llegar a arreglos tácticos, pero nunca de inmolarse en sus principios estratégicos. Por último, a Hitler le movilizaba una *distopía*, es decir, una utopía negativa, a diferencia de la utopía comunista que pretendía dibujar un futuro mejor. La distopía de Hitler buscaba el dominio de una presunta “raza superior”, así como el control o exterminio de “razas inferiores”, con particular énfasis en la aniquilación del pueblo judío.

Churchill fue capaz de detectar rasgos resaltantes de la personalidad de Hitler como político, o, para ponerlo en otras palabras, de la tormenta que significaba la irrupción del líder nazi en el panorama europeo de entonces. Ahora bien, el hecho de que Hitler combinaba la ambición napoleónica de poder personal, con el impulso de una gran nación a sus espaldas, el acicate de una ideología conquistadora y totalitaria, y la distopía de la “raza superior”, hacía del líder nazi un reto novedoso y difícil de ser asimilado a cabalidad en su extremo radicalismo.

La *desmesura* era la marca distintiva de Hitler, una especie de signo distintivo que obstaculizaba las percepciones e hizo que fuese por demasiado tiempo subestimado, que su figura atrabiliaria, desajustada, irritable y destemplada, no fuese tomada lo suficientemente en serio por muchos de los que se convertirían eventualmente en sus víctimas. El gran logro de Churchill, más allá de los obstáculos psicológicos comentados en cuanto a la íntegra apreciación de la naturaleza revolucionaria del liderazgo hitleriano, estuvo en su comprensión de que el resurgimiento de Alemania bajo Hitler tenía que ser contrarrestado en el terreno de las *capacidades*, y no solo o principalmente en el de las *intenciones* probables o hipotéticas del líder nazi. Tema que nos lleva a considerar la política del *apaciguamiento* como antídoto, su potencial y limitaciones.



Churchill

y el apaciguamiento a Hitler

Churchill fue el más formidable crítico de la política de apaciguamiento del gobierno británico y del entonces primer ministro, Neville Chamberlain, durante los años previos a la Segunda Guerra Mundial. Los hechos mostraron que Churchill tuvo razón, pero ese logro ha tenido como consecuencia que el término apaciguamiento se haya convertido en una mala palabra, que se haya perdido su sentido real, y que los desatinos de esa época y los errores sobre Hitler hayan convertido lo ocurrido en una especie de analogía “a la carta”, que se aplica a cualquier situación superficialmente similar para ganar puntos con cansados argumentos.

Apaciguar no es rendirse y hacer concesiones puede a veces tener sentido, aun ante un verdadero revolucionario, si se negocia desde una posición de fuerza, con los ojos bien abiertos, sin engañarse, en el entendido de que lo más probable es que se trate de arreglos temporales y pactos pasajeros. El problema de Chamberlain estuvo en que procedió con ingenuidad y nunca entendió adecuadamente la naturaleza revolucionaria de Hitler. Además, los gobiernos británico y francés, posteriores a 1918, atemorizados con razón ante la perspectiva de una repetición de los horrores de la Primera Guerra Mundial, no tuvieron la energía que se requería para mantener la superioridad militar necesaria y *disuadir* a Alemania de rearmarse, dando así al traste con el balance de poder europeo.

¿Hubiese sido posible disuadir a Hitler? No es algo inverosímil, pero solo amenazándole creíblemente con una fuerza superior. En su ensayo de 1935-7, la propuesta de Churchill queda clara: “Siempre sostuve la doctrina de que el alivio de los gravámenes de los vencidos debería preceder al desarme de los victoriosos” (p.261). En otras palabras, Churchill cuestionaba que Gran Bretaña y Francia, a la vez que pretendían imponer las severas estipulaciones del Tratado de Versalles, redujesen sus ejércitos, debilitando las posibilidades de disuadir y contener el impulso revanchista de Alemania. Tal vez no habría sido factible disuadir *a Hitler*, en vista de su temperamento delirante, pero sí *al ejército alemán*, que como es sabido quedó estupefacto cuando la osadía del líder nazi en 1938 fue recompensada por Londres y París mediante el Pacto de Múnich, con la entrega de la mitad de Checoslovaquia y sin disparar un tiro. También es sabido que, en septiembre de 1939, cuan-

do Hitler invadió Polonia, el líder nazi fue el primer sorprendido ante la declaración de guerra británica y francesa, pues había aprendido a despreciar a sus enemigos y por lo tanto los mecanismos de la disuasión ya no hacían mella en su espíritu temerario. Hitler se sentía confiado en que, una vez más, sus enemigos no lucharían y aceptarían pasivamente la humillación.

Los verdaderos revolucionarios no suelen ser estúpidos, y en teoría se les puede disuadir y *contener*, aunque cada caso presenta sus propias dificultades y exigencias, y los resultados de confrontar una política de objetivos ilimitados siempre son inciertos. Al contrario de lo aspirado por Churchill, como lo expuso en el ensayo que comento en estas notas, los éxitos de Hitler, en lugar de moderarle, lo que hacían era alimentar su audacia y el menosprecio a sus enemigos.

El pueblo inglés y Churchill

A fin de cuentas, a Hitler le condenó su *irrefrenable desmesura*, y si bien es procedente especular que una política basada en la amenaza de la fuerza, desplegada a tiempo y de manera creíble, hubiese logrado refrenar a Hitler, había en el líder nazi una especie de instinto suicida, de pulsión y deseo de muerte que en última instancia habrían acabado con él. El más engañado fue el pueblo alemán, inmolado por su caudillo, y cabe al respecto citar a Goethe: “Nadie nos engaña; nos engañamos a nosotros mismos”. Napoleón aceptó eventualmente su derrota luego de Waterloo; Hitler no aceptó la suya, o, es mejor decir, intentó evadirla con un disparo en medio del apocalipsis.

La visión de Churchill sobre Hitler no fue homogénea, rígida o permanente, sino que experimentó algunas variaciones durante los años cruciales de 1933 a 1938. Sus advertencias se centraron en el crecimiento del poder militar alemán, sobre el cual Churchill siempre se mantuvo meticulosamente informado; pero su consideración más centrada e incontestable acerca de las destructivas e inadmisibles *intenciones* de Hitler creció gradualmente, hasta hacerse inequívoca cuando se produjo la entrega infame de buena parte de Checoslovaquia en Múnich, en septiembre de 1938.

Importa señalar que, hasta ese momento fundamental, “el pueblo inglés, en su gran mayoría, y al igual que sus élites dirigentes con escasas excepciones, había apoyado la política de apaciguamiento de Chamberlain, y no había prestado atención prioritaria a las advertencias de Churchill”.

Esta realidad nos lleva a tocar otro problema general de la política, que no se refiere a la detección temprana de un factor revolucionario, sino a los riesgos que corre un político que se adelanta demasiado a los sentimientos predominantes de su pueblo. Cuando ello ocurre, el político que de ese modo actúa puede hacerse irrelevante en la práctica, pues sus vaticinios se diluyen en la indiferencia y deja de ser político para convertirse en profeta, clamando en el desierto.

Churchill experimentó durante varios años la frustrante sensación de alzar la voz en vano, en el Parlamento, la prensa y otros foros públicos, en-



ADOLF HITLER, 1938 / HEINRICH HOFFMANN – ARCHIVO FEDERAL DE ALEMANIA

frentado al deseo ferviente de los británicos de no repetir la pesadilla vivida pocos años antes, en las fangosas trincheras de la Primera Guerra Mundial. Su desengaño se hizo insondable al constatar la respuesta de su pueblo al Pacto de Múnich, pues aplaudieron el retorno de Chamberlain a Londres agitando una hoja de papel firmada por Hitler, y anunciando: “Esta es la paz para nuestro tiempo” (“*This is peace for our time*”). Fue solo a partir de la ocupación de lo que restaba de Checoslovaquia por parte de los nazis, en marzo de 1939, en abierta y franca violación de lo acordado pocos meses atrás en Múnich, que tuvo lugar un hondo viraje emocional en el espíritu colectivo de los británicos, y fue entonces cuando la visión de Churchill y la respuesta popular a la amenaza de Hitler finalmente se acoplaron.

¿Qué es la "grandeza" histórica?

En su ensayo, Churchill hizo esta observación: “No es posible formular un juicio justo sobre una figura pública que ha alcanzado las enormes dimensiones de la de Adolfo Hitler, mientras no tengamos ante nosotros, íntegra, la obra de toda su vida. Aunque las malas acciones no pueden ser condonadas por posteriores acciones políticas, la historia está repleta de ejemplos de hombres que han escalado el poder valiéndose de procedimientos feos y crueles, y hasta espantosos, pero que, sin embargo, al apreciar su vida en conjunto, se les consideró como grandes figuras cuyas vidas han enriquecido los anales del género humano. Tal puede suceder con Hitler” (p.259).

Resulta patente, como ya hemos discutido, que Churchill se equivocó al entretener tales expectativas posi-

vas sobre el curso que podía aún tomar, más allá de 1935-7, la carrera de Hitler. Y es también obvio que hoy podemos hacer un juicio retrospectivo mucho más contundente y condenatorio de la trayectoria del líder nazi. Ahora bien, y nuevamente, del punto esbozado se derivan dos problemas generales de la política y el juicio histórico. En primer lugar, es clave tener presente, cuando juzgamos, por ejemplo, a Churchill y Chamberlain, entre muchos otros, que se trató de personas de carne y hueso, situados en medio de tormentosos momentos, acosados por incontables y contradictorias presiones, respondiendo frente a retos muy complejos, envueltos en las brumas de lo que todavía no había ocurrido y acerca de lo que nadie podía estar *plenamente seguro*.

Esta constatación no debe impedirnos hacer juicios críticos acerca de la actuación del personaje que sea, sino que debe ayudarnos a distinguir entre nuestro criterio retrospectivo, de un lado, y del otro el conocimiento que podemos atribuir a las personas que son objeto de nuestro análisis. El juicio histórico es inevitablemente retrospectivo, pero cabe siempre recordar que las personas sometidas a nuestro juicio estaban, en su momento, conduciéndose en el marco de lo todavía incierto.

En segundo lugar, Churchill incorporó su ensayo sobre Hitler a un libro que tituló *Grandes contemporáneos*, y es legítimo preguntarse, ¿qué es la “grandeza” histórica? Ya hemos visto que, en el marco espacio-temporal de su texto, Churchill valoraba los logros iniciales del líder nazi como restaurador del poder alemán, y hacía conjeturas en torno a cuál podría ser el rumbo a seguir, en adelante, por un personaje que apenas empezaba su cadena de destructivas conquistas. En tal sentido, las opiniones de Churchill se ceñían para entonces a un horizonte limitado, y no pretendía hacer un balance ético del camino de Hitler.

Esa dimensión moral es ineludible al referirnos al tema de la “grandeza” histórica, y en ese orden de ideas tenemos que distinguir entre políticos que llevan a sus pueblos a la destrucción, y aquellos que proceden con prudencia y equilibrio, con base en una ética de la responsabilidad, como la califica Max Weber, tomando en cuenta a cada paso las consecuencias probables de la acción.

Desde esta perspectiva, la de la ética de la responsabilidad, Hitler no fue en sentido alguno un “gran” estadista ni un “gran” personaje histórico, sino una fuerza devastadora que concluyó su rumbo en desolación y ruina, un revolucionario que, posiblemente, jamás confrontó con un mínimo de humildad su condición humana. ☹



WINSTON CHURCHILL CON LORD CHAMBERLAIN, CIRCA MARZO, 1935 / ARCHIVO

MILTON QUERO

ENSAYO >> SOBRE ISAAC CHOCRÓN (1930-2011)

Animales feroces

Isaac Chocrón (1930-2011) fue economista, internacionalista, dramaturgo, novelista, ensayista, libretista, fundador del Nuevo Grupo, director fundador de la Compañía Nacional de Teatro, profesor de la UCV, así como profesor invitado por universidades de Estados Unidos e Inglaterra. *Animales feroces*, la obra analizada en el magnífico ensayo que aquí se ofrece, fue reconocida con el Premio Ateneo de Caracas en 1963

Me es inevitable pensar en los espectadores de aquel entonces, unos habitantes de una ciudad que apenas estaba despertando a la modernidad y donde el país, al igual que ahora, era Caracas. Una ciudad que ostentaba un cosmopolitismo único y feroz, sin embargo, exhibía en sus núcleos familiares, costumbres adocenadas y conservadas por los años. Muy a pesar de su pujanza, la ciudad podía ser pacata y timorata. Algún contraste debió observar el joven dramaturgo, quien con apenas 33 años, se propuso en 1963, hacer una disección descarnada y deliberada de esta sociedad, pero a través de una comunidad en específico y aquí entra en juego una arista muy importante a tomar en cuenta, las familias judías asentadas en Venezuela. “La peculiaridad de un atavismo que ilustra profusamente la historia de las tres últimas décadas, desde la Alemania nazi hasta la conflictiva existencia del Estado de Israel. Atendiendo a ese origen, la magnitud de la población hebrea en Venezuela desborda el número de las tres mil familias” (Merino, 1974, p. 5). No sabemos a ciencia cierta, si algunas de esas familias judías se sintieron incomodadas por la exposición pública que de esta población sefardí en Venezuela hiciera el joven dramaturgo. En todo caso, Chocrón se atrevió a develar lo subyacente en una de esas familias, los Orenses, asentados en la provincia venezolana, específicamente en Maracay.

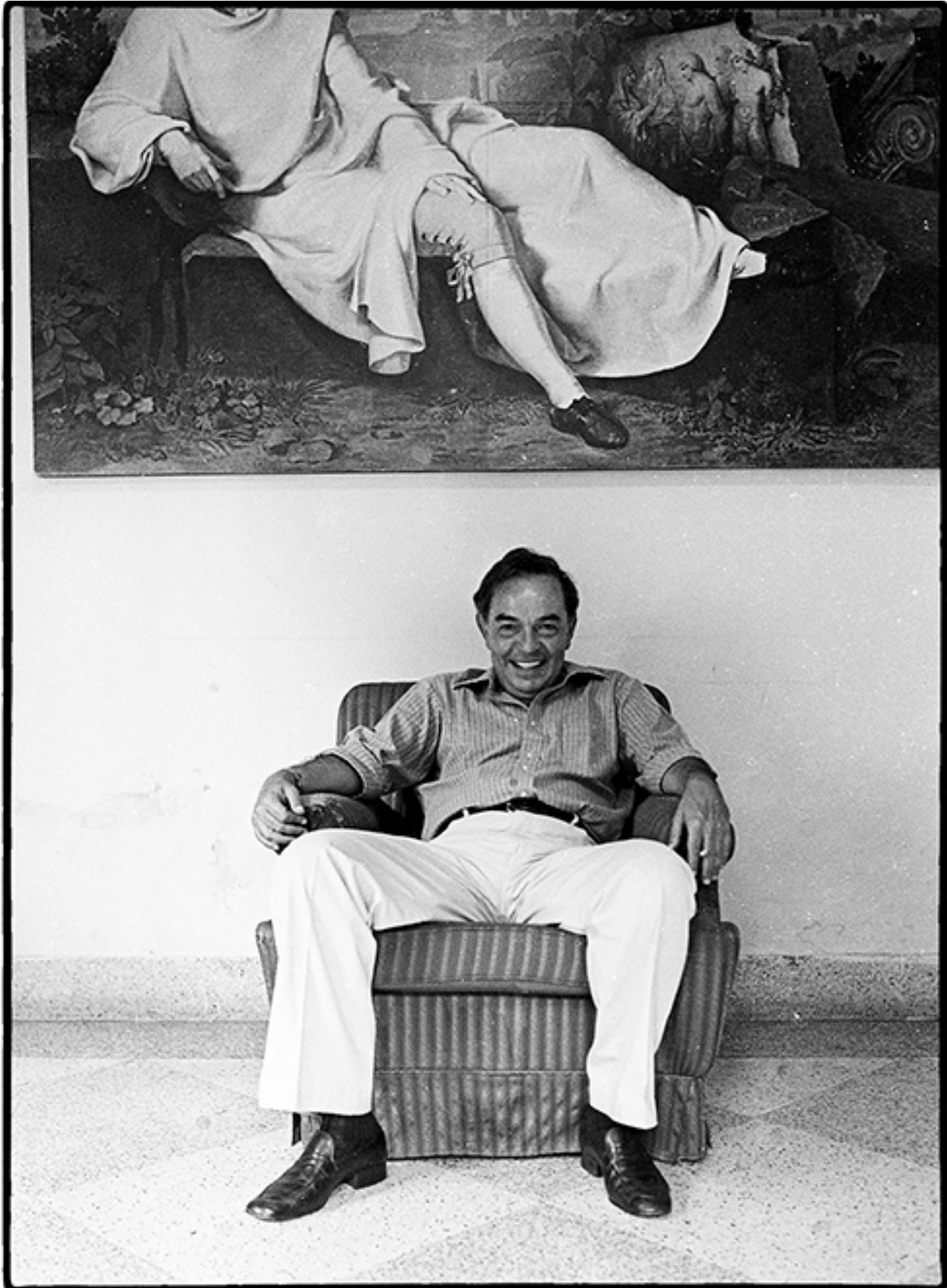
El marco estaba servido, el escenario era propicio para hablar de unas relaciones conflictivas y depredadoras, la madre de Sol y abuela de Mari, la señora Luna, solía llamar a sus hijos, “animales feroces”. Nacen entonces Los Orenses, esta familia ficticia que Isaac Chocrón se empeñó en diseñar en 18 escenas, divididas en dos partes. Tiene el aliento de novela. Chocrón mas adelante incursionaría en el género narrativo, pero ya hay algo aquí, en esta extensa pieza dramática –no tengo el dato, pero a mi parecer es una de las obras dramáticas más largas escritas en Venezuela. Decíamos, que ya hay allí algunos marcadores propios del género novelístico, la profusión de personajes, el viajar del presente al pasado y viceversa, la construcción de planos simultáneos –la última escena de la obra, sucede en una tarima con cuatro ambientes separados, y en donde intervienen los personajes en diferentes tiempos y espacios-, y por último, ya lo habíamos acotado antes, la extensión propia de la obra, y como colofón la vocación por narrar los hechos, es decir, por contar la saga de esta familia –buena parte de la obra se manifiesta a través de la narración de unos hechos. Pues bien, se cuenta la historia de esta familia asentada en la provincia venezolana. Rubén Monasterios, en su libro *Un enfoque crítico del teatro venezolano*, aporta el siguiente dato, que reafirma lo antes dicho: “en el curso de los últimos años publicó un par de novelas, una de las cuales –al decir de un crítico– es más bien una pieza de teatro ‘novelada’”. De modo que el joven Isaac Chocrón, gustaba de teatralizar sus novelas y narrar sus obras de teatro, si nos permiten el término.

Los hermanos Orenses: Sara, Daniel y Sol, vienen de enterrar a Ismael, hijo de Sol, producto de su primer matrimonio; de su segundo marido, Sol, tiene a Rodolfo y a Mari. Ismael, se ha quitado la vida y con su determinación, ha marcado a futuro a su familia por siempre. Siempre estará gravitando en la familia las causas de su suicidio, un tema poco o nada tratado en el teatro venezolano. Tenemos el dato del primer suicidio tratado en una pieza dramática, el dato nos lo aportó Leonardo Azparren Jiménez, la obra en cuestión lleva por título *Las sombras* (1909) de Salustio González Rincones. Pero este suicidio, me refiero al que nos grafica Isaac Chocrón, tiene la peculiaridad de estar en toda la obra, de hecho se está constantemente hablando de las causas y motivos que llevaron a Ismael a quitarse la vida con un cortapapeles. Mari, su hermanastra, manifiesta las posibles alternativas: “La primera posibilidad es que pudo haber sido un accidente, (...) la segunda posibilidad es que pudo haber sido un suicidio (...) y la tercera posibilidad es que pudo haber sido un asesinato” (Chocrón, 1974, p. 84) pues bien, como lo dice uno de los personajes de la obra, es el primer suicidio de un miembro de la comunidad judía asentada en Venezuela, lo cual no es poca cosa, si tomamos en cuenta que el mismo, es determinante y decisivo en el desarrollo de la obra.

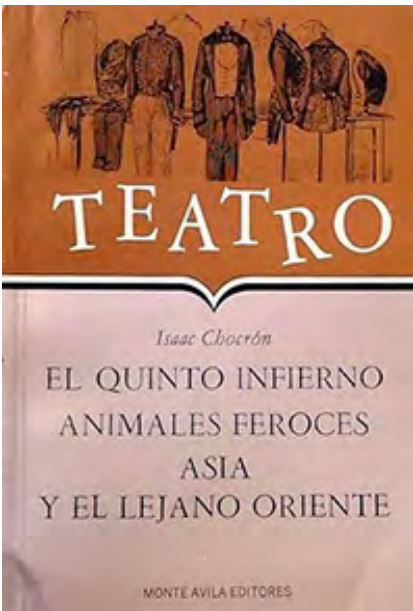
Esta obra posee como nos tiene acostumbrado Chocrón, el afán de la experimentación, muy en boga en los años sesenta, solo que en este caso, se cumple en un juego de diálogos y escenas entrelazadas en el plano y en el tiempo de manera yuxtapuestas, exigiendo del espectador una participación activa en el drama que observa. Parte de la obra transcurre en Maracay y otra en Caracas y suponemos que otra parte, en algún país europeo en donde Sol ha recalado, para huir de sí misma, de modo, que se pasa al pasado, se visita el presente y se proyecta el futuro. Un drama con unos alcances intelectuales inestimables y un gusto por la palabra escrita con valores altamente literarios. Por eso he insistido en el valor que tiene la

obra de Chocrón para ser admirada, más leyéndola que viéndola representada, a fin de cuentas, la puesta en escena es el sueño del otro, en tanto que la lectura, es un sueño personal. No en vano se quejaba Harold Bloom, de la decepción que experimentaba cada vez que iba a ver un montaje de Shakespeare, los montajes no cumplían con las exigencias que su lectura demandaba, por ello prefería leer a Shakespeare antes que verlo representado. Él disfrutaba más de su lectura, *mutatis mutandis*, el teatro de Chocrón es un teatro que ofrece un atractivo mayor para ser leído.

Volviendo a los Orenses, el núcleo familiar está conformado por los hermanos Sol, Daniel y Sara Orenses. Sol, tiene un hijo de su primer matrimonio, Ismael y de su segundo matrimonio tiene a Rodolfo y Mari. En cuanto a Daniel, este está casado con Rosa, pero aún no tienen hijos, tienen una sirvienta que viene acompañando a la familia por años, llamada Pura y un amigo llamado Asdrúbal, que siempre los frecuenta y quien además, es coronel del ejército. Tan amigo es de la casa de David, que es él quien le anuncia a este, el suicidio de Ismael, su sobrino. Por cierto,



ISAAC CHOCRÓN / ©VASCO SZINETAR



el único personaje no judío, al igual que Pura, que hacen vida en las tertulias familiares de los Orenses. Sara está casada con Benleví, aún no tienen hijos. Benleví, es mucho mayor que Sara, pero cumple con las especificaciones impuestas por la familia, tiene dinero y es judío, matrimonio arreglado. Se cumplía así, el requisito de casar a los hijos con personas que pertenecían a la misma comuni-

dad judía.

“Benleví: Cada cual debe casarse dentro de su círculo.

Sol: Mi cuñado siempre va a lo concreto. Así me gusta. Cuando dice ‘dentro de su círculo’, coronel, se refiere a la colectividad judía”.

Sabemos que Sol ironiza, pues descrea abiertamente de ese club de la exclusividad que representa la comunidad judía, de hecho, ella es una superviviente de esa cultura endógena. Cuando vivían en Maracay, a ella, –apenas una adolescente–, la querían casar con un hombre perteneciente a esa comunidad, judío como ella y con dinero, pero ella fantaseaba con el italianito de la pensión Firenze, Alfredo Landini, con el cual soñaba fugarse para huirle a esa matrimonio ya arreglado.

Algunos autores han querido ver una situación incestuosa en la relación de Daniel con su sobrino Ismael, esto no está del todo claro, pero ciertas conversaciones y hechos insinúan este parecer de cierta crítica especializada. “La atmosfera incestuosa que envuelve a toda la obra, marca también fronteras que no pueden superarse” (Merino, 1974, p. 16). Nosotros no lo vemos del todo claro, pero nos gustaría asentar aquí, esas pequeñas insinuaciones sobre una posible relación homosexual e incestuosa entre Ismael y su tío David. En la escena VIII Asdrúbal le dice a Daniel: “Ismael se ha suicidado. Sé lo que es eso para ti. ¡Un gran golpe!”. ¡Un gran golpe! En la escena V Ismael le dice a su tío Daniel: “Tú sabes que yo conocía tu cobardía y tu miedo. ¡Los conocía y no me importaban! ¡No me importaba que seas lo que seas!”. En la escena IX hay una conversación muy reveladora entre Mari e Ismael, pero a nuestro modo de ver, está más referida a las batallas interiores que libra Ismael consigo mismo, para de alguna manera encajar en la sociedad. Es un muchacho herido, que busca un rumbo y un lugar en este mundo, aun no lo tiene y lucha por ello: “¿Miedo? No. Miedo no. Pero es difícil alcanzar la conciliación necesaria para poder seguir viviendo. Es difícil ponerse de acuerdo con lo que nos rodea. Una vez Daniel me dijo que él marcaba el paso. Comprendo que esa podía ser una alternativa adecuada para alcanzar la conciliación. Adecuada, pero no satisfactoria para mí. ¡O podría gritar para crear una baraúnda! O podría ni marcar el paso ni chillar... Podría...” (Chocrón, 1974, p. 168). Cuando Ismael dice que “esa podría ser una alternativa”, ¿qué está proponiendo en realidad? ¿Caminar al lado de Daniel? Eso es lo más sugerente que encontramos en dicha relación, pero debemos advertir, que puede referirse a otros aspectos ontológicos de la vida, por ejemplo a su manifiesto vacío espiritual, su soledad interior, y no a cierta relación carnal, en todo caso, ese mundo de sugerencias que aporta el dramaturgo, enriquecen el discurso dramático de la pieza. Quizá el acercamiento más claro y explícito a estas relaciones incestuosas, lo aparta Daniel cuando le dice a su hermana Sol: “Mentira que lo amabas como a un hijo, mentira que lo deseabas tener, mentira que su padre no fue un hombre, mentira que él y yo...”. Estos puntos suspensivos finales parecen insinuar lo que todos en la familia comentan y creen respecto a las relaciones de Daniel y su sobrino Ismael: “que él y yo...”.

(Continúa en la página 10)

Animales feroces

(Viene de la página 9)

En cuanto a la personalidad de Sol, esta se siente un tanto inmadura a pesar de sus años, y desde luego sin ninguna autoridad sobre su hijo Ismael, debido a los años de abandono en que lo tuvo. Ella ha llegado de alguna manera para recuperarlo, pero ya es demasiado tarde, la brecha que los separa es muy grande. Constantemente le reclama a Ismael un poco de amor filial hacia su madre, pero el corazón de Ismael está herido desde la infancia y es difícil recuperar el tiempo perdido. Recordemos que Ismael, es fruto de un matrimonio sin amor, quizá cuando Sol lo abandonó, lo hizo en su momento, para reafirmar ese deseo de libertad que fue mutilado cuando era muy joven, también creemos que lo rechaza inconscientemente, pues ese hijo, Ismael, le recuerda de algún modo a ese hombre al que estuvo ligada y por el cual nunca sintió amor. Ese hombre impuesto por una comunidad raigal. La relación que mantiene con sus otros dos hijos, Mari y Rodolfo, producto de su segundo matrimonio, tampoco es muy familiar que se diga. El concepto de madre se diluye en esas relaciones, se tratan como muy buenos amigos, pero no hay ese respeto y consideración que se debe tener hacia una madre. Me llama poderosamente la atención que en algún momento Mari, no le dice madre, sino que la llama por su nombre, como si de una persona conocida y cercana se tratara y no de su madre. De hecho, cuando hablan ambas, no pareciera el diálogo que uno espera oír de una madre a su hija. Hay una tirantez constante y un recriminarse subrepticamente a través de diálogos mordaces, irónicos y sarcásticos.

“**Mari:** Nos conocemos, Sol, y presiento que algo muy grande has debido decirle. Algo muy grande.

Sol: ¡Muy grande! ¡Qué soy su madre! ¡Que sin haber vivido juntos, seguimos siendo madre e hijo! ¡Que me tiene a mí!”

Sol, ha perdido el derecho a ser madre, lo perdió en el pasado, cuando abandonó a Ismael muy niño a su suerte y lo pierde en el presente, por sus constantes viajes al exterior. Las relaciones que mantiene con Mari y Rodolfo en el presente no son las más edificantes. Ha regresado después de uno de sus tantos viajes, recordemos que la obra a nivel estructural da saltos al pasado, pues bien, en uno de esos saltos Sol se queja ante su hija Mari, del olvido en que la tiene Ismael como madre: “Me lo dijo bien claro: ‘Señora, usted para mí no existe’. Así me dijo”.

Sol, escapa al determinismo del clan familiar, su huida, esa manifestación palmaria de esfumarse a través de sus viajes, es una manera lícita de romper con la familia. Ella huyó de sus obligaciones como madre, algunos le achacan el suicidio de su hijo Ismael. Sol es una trotamundos, le encanta viajar, tal vez como un modo de evasión. Los viajes le proporcionan una desconexión con sus obligaciones y la alejan del vínculo familiar. Hay un deseo inconsciente de alejarse de la familia. Recordemos nuevamente, que su primer matrimonio fue un asunto arreglado, es probable que no existiera el amor, sino la conveniencia entre las partes, de allí su fracaso matrimonial. “Pero es Sol, en todo caso, la que abre el camino, la que desafía a la tradición desde su rebeldía adolescente e impasible ante la crueldad, incapaz de madurar en el cambio autentico que sería fruto de la conciencia de los propios límites” (Merino, 1974, p. 16).

Mari y Rodolfo, me recuerdan en sus intenciones escénicas a Rosencrantz y Guildenstern, –ojo, hablo de intenciones escénicas–, hablo más de lo que representan en escena, ese dibujo de la duplicidad de hermanos y no de las intenciones que los mueven en el drama. Recordemos que aquellos fueron convocados por el rey Claudio, para distraer al príncipe Hamlet, de su aparente locura y averiguar si es posible, las causas de su locura. Pertenecen a psicologías

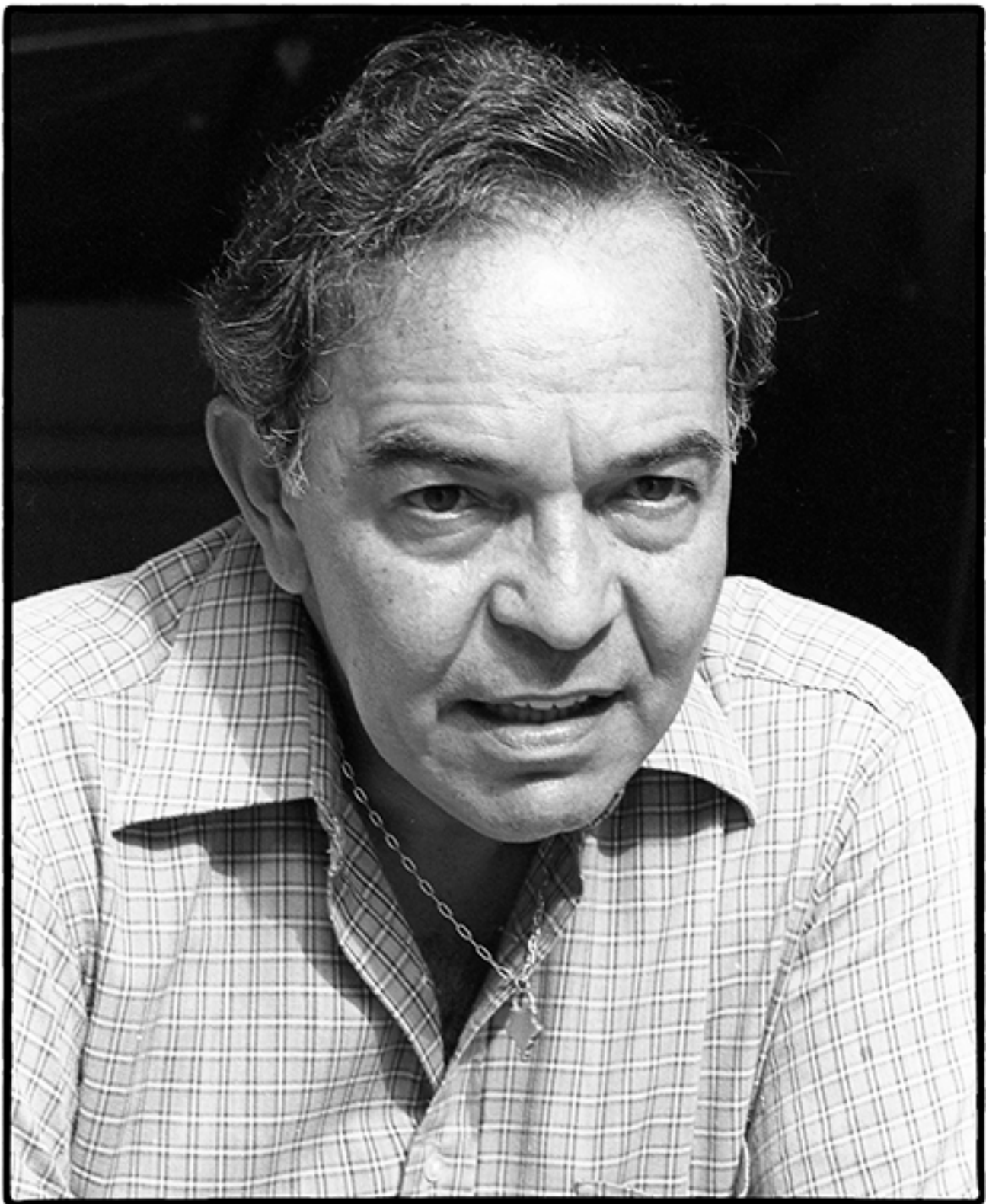
diferentes y diferenciadas. Rodolfo, suele ser más apocado y conforme en su devenir existencial, tiene bajo sus hombros ese San Benito a cuestas, impuesto por su madre, de ser el futuro presidente de la nación. El muchacho no se lo toma en serio desde luego, pero algo construye en su personalidad ese deseo manifiesto de su madre, Sol. Es el perfecto antagonista para servir de paraban al otro personaje, en este caso su madre o su hermana, para permitir que estos se expresen. De las 18 escenas, aparece apenas en unas 6 escenas y siempre de manera discreta. Siempre hace las preguntas necesarias para la prosecución del drama, digamos que este es su principal objetivo, preguntar, siempre preguntar para la continuidad de la historia. Estos personajes –Rodolfo–son de vital importancia en la estructura dramática, sin ellos las razones del protagonista no se darían, a menos no en forma de diálogo.

“**Rodolfo:** ¿Cómo era, tío?

Daniel: ¿Cómo era? Era...”

Viene de Europa y apenas si conoció a Ismael, pues este inmediatamente se suicidó. Por ello la pregunta a su tío. Es un personaje plano y sin matices. Si nos preguntamos ¿Qué le pasa a Rodolfo? Absolutamente nada, no hay drama en su existencia. ¿Cuál es su objetivo? ¿Qué objetivos cumple en la obra? Como dijimos anteriormente, es un personaje que sirve para el otro, sirve para que el otro se exprese. Su relación con Mari, su hermana, es muy bien avenida. Su accionar siempre está unido a sus lazos filiales, llegan incluso a sobrepasarlos y se convierten en buenos amigos. Quizá en la última escena cuando habla con su madre, podemos apreciar mejor lo que es y representa Rodolfo, cuando le dice a su madre: “Creo, óyeme bien lo que voy a decirte, creo que no sirvo para nada”. La madre lo sobreprotege en demasía y le dice que juntos harán grandes cosas, es un muchacho que no acaba de asumir su total independencia del tutelaje materno. Es un personaje débil, y suponemos que ese es su mayor atractivo. Es sin duda un reto actoral, construir un personaje desde su pasividad y poco atractivo. Poner en escena esa debilidad del personaje, es sin duda, todo un desafío.

Mari, es la otra cara de la moneda, la fuerza interior y la mujer fuerte y empoderada, que sabe a dónde va, y que reta al otro, hay una escena donde enfrenta a su tío Daniel, con la verdad que suele ocultar de su relación con su sobrino Ismael. Es inteligente, astuta, perspicaz, intuitiva y cerebral. La escena III, bien pudiera dar título a la obra, expresa en su manifiesto de intenciones a dos animales feroces (madre e hija) hiriéndose a dentelladas. Se destrozan elegantemente, usando un lenguaje refinado y primoroso, donde la ironía y el sarcasmo es la condición suprema de ese diálogo, y donde destaca a plenitud la personalidad de Mari. Una de las constantes temáticas de Chocrón se hace presente, como lo es el país. “¿Sabes lo vergonzoso de nuestra situación? ¿De la mía, por lo menos? ¡Ay Soli! Que nos sentimos venezolanos y no nos sabemos venezolanos. ¡Qué nos sen-



ISAAC CHOCRÓN / ©VASCO SZINETAR

timos y no lo somos!” (Chocrón, 1974, p. 41). Nuevamente Mari, tutea a su madre llamándola Soli, esto le permite enfrentarse a ella en igualdad de condiciones, igualdades sumarias para discutir y argumentar a su gusto. Francisco Rivera, en el prólogo a la edición de Monte Ávila Editores, acota lo siguiente: “¿De cuál país estamos hablando? ¿Sabemos que significa tener país? ¿No estamos todos dispuestos a vendérselo al mejor postor y no hacemos cola en el gran día de la venta para obtener nuestro beneficio cantante y sonante?” (Rivera, 1974, p. 11). Un país al que queremos tanto, como bien lo dice Mari, que estaríamos dispuesto a venderlo, en eso se traduce nuestro amor patrio. El diálogo que sigue entre madre e hija se intensifica y cada una irá jaloneando argumentos a sus pareceres, para llegar a una sola conclusión: el no ponerse de acuerdo en nada.

“**Sol:** Un hijo siempre piensa en su madre.

Mari: Cuando ella ha sido realmente madre de ese hijo. Pero tú...

Sol: No comprendes. La sangre...

Mari: ¿Qué sangre Sol, qué sangre?

Sol: Llama...

Mari: ¡Deja de usar frases corrientes como justificativos!”

Bien pudiéramos decir que el súper objetivo de Sol en toda la obra, consis-

te en recuperar a su hijo Ismael, todas sus acciones están encaminadas a eso, a la recuperación de Ismael. Ismael, la rechaza y este rechazo se convierte en la fuerza de la cual ella se apoya para insistir. Mari, justifica a Ismael y de algún modo condena a su madre, por sus acciones pasadas. Su presente, recibiendo embajadores y gente importante todos los jueves en su apartamento europeo, no hace más que corroborar la simpleza de mujer que es, muy alejada de sus obligaciones maternales.

Daniel y Rosa, conforman un típico matrimonio judío, que cumple con sus obligaciones religiosas, rezando y guardando la fe de culto al judaísmo. Rosa bebe y toma pastillas tranquilizantes constantemente y su relación pasional con Daniel está casi, o mejor dicho, del todo concluida. Cuando decimos, que es un matrimonio típico judío, nos referimos desde luego, a la transacción comercial, a la unión de pareja por intereses económicos e intereses de la fe y “todos felices”. In-sisto, no sé cómo se sentiría la comunidad judía, ante el atrevimiento del joven dramaturgo en exponerlos sin contemplaciones. Cuando Sara dice: “Vivimos de píldoras o como Daniel, de sueños podridos... ¿No lo ves junto a Rosa? Mi hermano pareciera que estuviera cumpliendo una condena”. La condena familiar de haberlo unido en matrimonio a una mujer que no amaba. Lo curioso de este texto es que quien lo dice, es otra condenada más.

“**Sara:** ¿Recuerdas cuando papá lo trajo a almorzar? Ya era un viejo. Vino como un amigo de papá. Esa misma noche me dijeron que quería casarse conmigo. ¿Por qué? Porque le gustas niña. Benleví es bueno y tiene buena posición. ¡Buena posición! (...) Esa risa de Sol. Y se reía llamándome loca, sin percatarme yo, de que me iba a casar con ese viejo. ¡Que me iban a casar!”

Benleví, es un personaje bonachón y divertido. En él converge la distensión de la pieza. El nuero querido y de algún modo el cuñado perfecto. Dentro de la estructura de la familia Orense es la antigualla que atempera los caracteres y los momentos difíciles. Su simpleza es de tal magnitud que al espectador no le queda más

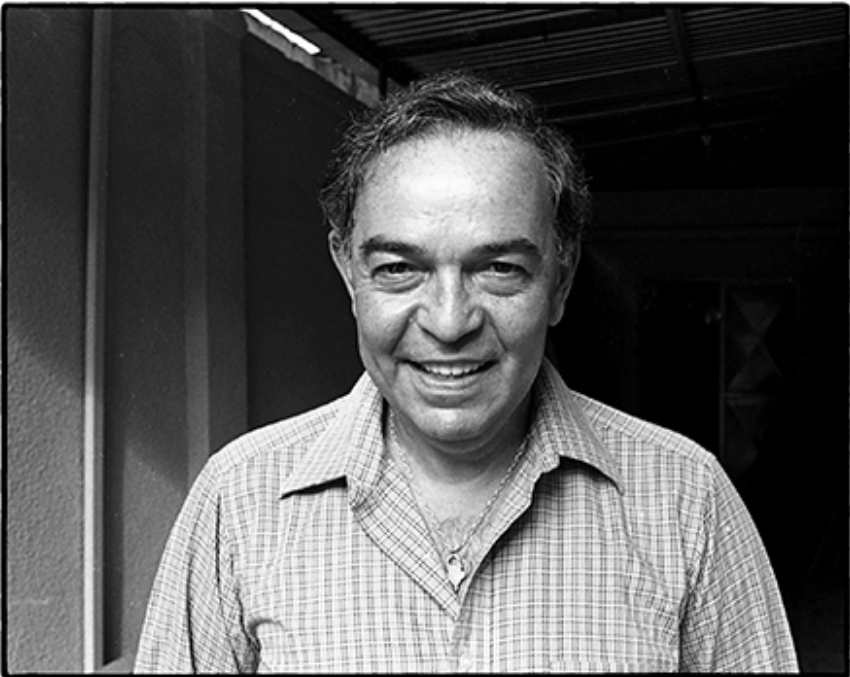
remedio que tomar partido por él. Su matrimonio con Sara marcha sin dificultades aparentes y escandalosas.

Nada fácil el montaje de esta pieza, pues el director de escena debe bregar con los distintos espacios, espacios estos, que además de ser muchos, revisten complejidades en términos de área, pues los mismos, están separados por un pasado anhelado y por un presente perfecto. Por otro lado, convertir los elementos narrativos, que los hay y muchos, en términos de acción –ya lo dijimos anteriormente, el gusto manifiesto por el arte de la novela que manifiesta nuestro autor– es una tarea compleja a nivel de puesta en escena, pues el teatro a pesar de contar una historia, su verbo immanente es la acción.

Animales feroces, a pesar de referirse a una comunidad determinada en específico, ofrece universales que hacen posible su conexión inmediata con todo tipo de público, estos elementos subyacentes en la trama, como lo son lo conflictivo de las relaciones familiares, el abandono, el divorcio, la soledad, la falta de amor y el estar unido por un compromiso de fe y material son cosas immanentes y recurrentes al ser humano, de allí la identificación que el espectador mostró con esta pieza dramática. Nos gustaría concluir con este magnífico párrafo de Francisco Rivera, que además de arrojar luces sobre la oscuridad dramática, nos ofrece una claridad meridiana de lo que significa esta obra: “*Animales feroces*, no nos da ninguna respuesta segura, o, dicho con otras palabras, nos ofrece varias respuestas, todas válidas (...), el drama gira en torno a sí mismo, alrededor de su ferocidad, y de los personajes que encarnan ciertas pasiones confusas y ciertas carencias esenciales”. ☼

Bibliografía

- Isaac Chocrón. *Teatro*. Ediciones del Círculo de Lectores S.A. Barcelona 1974.
- Rubén Monasterios. *Un enfoque crítico del teatro venezolano*. Monte Ávila editores. Caracas. 1989.
- Juan Merino. *Teatro*. Prólogo a la edición del Círculo de Lectores. S.A. Barcelona 1974.
- Francisco Rivera. *Teatro*. Prólogo a la edición de Monte Ávila Editores. Caracas. 1974.



ISAAC CHOCRÓN / ©VASCO SZINETAR